



RODOLFO A. TORASSO

UNA VIDA, MIL VIDAS.

EsMeCu
editorial

RODOLFO ATILIO TORASSO



Nació en Tucumán en 1956. Contador Público Nacional (UNSTA) y MBA de la Fundación del Tucumán (Universidad Católica de Valparaíso, Chile). Pero más allá, su vida se teje con los hilos de la pasión y el emprendimiento. Se desempeñó como

Fiscal en el Tribunal de Cuentas de la Provincia de Tucumán, Argentina. Su compromiso con la transparencia y la responsabilidad le ha valido un reconocimiento en el ámbito fiscal. Fuera de la esfera pública, su corazón late con fuerza por el deporte. Ocupó la Vicepresidencia 1^a en el Club Atlético San Martín, trabajando por el desarrollo del deporte en la región. En el ámbito empresarial, ejerció la tarea de Socio Gerente de Embotelladora Torasso SC. Empresa fundada por Pedro Antonio Torasso, (Cigliano, Torino, Italia. 1889) inspirador de estas letras, en las que se narra la historia apasionada y alentadora del personaje, desde su más tierna infancia en el Piamonte Italiano hasta su honrosa culminación en tierras Argentinas.

UNA VIDA,
MIL VIDAS.

Torasso, Rodolfo Atilio

Una vida, mil vidas. / Rodolfo Atilio Torasso ; prólogo de Honoria Zelaya de Nader. - 1a ed. - San Miguel de Tucumán : EsMeCu, 2023.
148 p. ; 22 x 16 cm.

ISBN 978-987-4133-26-7

1. Memoria Autobiográfica. 2. Inmigración. 3. Historia de Familias. I. Zelaya de Nader, Honoria, prolog. II. Título.
CDD 808.8035



© 2023, Rodolfo Atilio Torasso

© 2023, EsMeCu

Editorial EsMeCu

San Miguel de Tucumán, República Argentina

Diseño: Luciano Jorrat

Producción: Xapiens Estudio

Esta edición se terminó de editar en noviembre de 2023 en San Miguel de Tucumán.

No está permitida la reproducción parcial o total de este libro, ni su tratamiento informático, ni por cualquier otro medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

ISBN 978-987-4133-26-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*



UNSTA
UNIVERSIDAD DEL NORTE
SANTO TOMÁS DE AQUINO



EsMeCu
editorial

RODOLFO ATILIO TORASSO

UNA VIDA, MIL VIDAS.

EsMeCu Editorial

Un relato sobre la dura decisión
de dejar su pueblo emigrando a
América en busca de la felicidad.

*A Pedro Antonio Torasso, a mi
familia toda y al profundo amor
que me inspiran mis hijos.*

*A la memoria de los
Inmigrantes en Argentina*



Novela histórica, inspirada en la vida y obra de Pedro Antonio Torasso, un hombre que tuvo el temple, el carácter y la disposición de hacer de su camino, un ejemplo de superación a la adversidad.

ÍNDICE INTERACTIVO

Agradecimientos	10
Prólogo	11
Palabras Introdutorias	14
I - Buenos Aires	20
II - Viaje	26
III - Italia	39
IV - Juan	42
V - Estrellita	48
VI - La Despedida	54
VII - Estación Sunchales	57
VIII - Bienvenida	79
IX - Traerlos	83
X - Torino, Italia.	89
XI - Cigliano	100
XII - Sueños y realidades	112
XIII - Epílogo	121
XIV - Quino	124
Carbunín	131

Agradecimientos

A la nobleza de mi historia familiar, que me formó en el respeto y amor por nuestros orígenes, haciendo posible la vida de estas letras para entregarlas como humilde legado.

A mis entrañables Padres Quino y Elena y a los sentimientos y recuerdos que me prodigaron en cada uno de los momentos vividos.

A mi familia chica, cinco puntales insustituibles en el día a día

A quienes me apoyaron y acompañaron en el hermoso ejercicio de escribir.

A Honoria Zelaya de Nader, a Bruno Cinellu y a Luciano Jorrat, por tan sentidas palabras, constante apoyo y muy valorable ayuda.

A mis amigos.

Prólogo

*El cerebro no es un vaso por
llenar, sino una lámpara por
encender.*

Plutarco

El papel del libro en la memoria histórica tanto de la humanidad como en la de cada escritor, conforma un papiro ontológico centrado en milenios interrogantes, en los que se sitúan de modo exclusivo los antes y los después, los aún y los todavía. Profundos arcanos que según las riberas desde los que se los formulen, emanan luces o tinieblas. Quienes se abrazan a la nada, entronan la desesperanza y la náusea los posee, ya que simplemente reconocen al mundo desde postulados racionalistas sin visiones trascendentes, sin lenguajes simbólicos, sin palabras en las cuales vida o muerte, cielo y tierra, salud y enfermedad, montañas y ciénagas, significan simplemente una indefinida cantidad de relaciones combinatorias de la lengua alejadas de la trascendencia de lo humano, alejadas de

sentimientos que iluminan. Alejadas de las letras que abrazan y edifican. Alejadas del ayer que conforma identidad.

Pues bien, no es el caso del libro que nos ocupa ya que en él, su autor, espeja el hoy desde una poderosa invitación a repensar realidades desde el ayer centrada en su antepasado Pedro Antonio Torasso, a partir de la certeza de que todos somos compañeros de viaje en la nave llamada Tierra. Y a la vez, evidenciando que no se puede enunciar la vida a través de estados, sino a través de marchas. A través de reparación y construcción de sí mismo con la cabal conciencia de que nacemos con una historia que nos abre a la cultura y que ambas van poniendo su naturaleza y su mundo en nuestras manos a fin de encontrarnos y poseernos. A fin de dar testimonios desde libres diálogos y acciones, tal como ocurre en esta obra fruto de múltiples lecturas centradas en invitaciones a fin de repensar realidades y en la que la presencia de la inmigración, los sueños, las realidades y la superación merced el trabajo iluminan. En síntesis, puedo decir desde una profunda reflexión, que estamos ante un libro en el que

se asume que sin lecturas previas, sin reparación y construcción de sí mismo no es posible establecer ese diálogo fundamental entre el escritor con su texto. Así mismo que estamos frente a una novela que proyecta que la literatura nos da esas otras palabras para hablar de uno mismo e incorporarnos a otros mundos, a veces insólitos pero que nos permite instalarnos en territorios soñados, anhelados, tal como se nos presentan en estas páginas

Así, pues la lectura no es una operación meramente receptiva, es diálogo.

Desde tales multidimensionales soportes, me abrazo al símil de la paloma que con la rama de olivo en su pico va al encuentro con Noé a fin de celebrar el nacimiento de esta obra.

Honorio Zelaya de Nader

San Miguel de Tucumán, noviembre 2023

Palabras Introductorias

— ¡Hola amigo! ¿Tomamos un café?

— Bueno ¿Te parece esta tarde a las 17:00 en el Abasto?

— ¡Listo!, nos vemos ahí.

Hasta aquí el diálogo de dos amigos, mediante dispositivos y lenguajes de estos tiempos. Lo cierto es que aquel café compartido con mi amigo Rodolfo Atilio Torasso (con quien tantas veces nos dispusimos a charlar sobre la italianidad y la cultura de nuestros antepasados). Llevó a la mesa en aquella tarde, el relato con puntos y comas, de lo que luego lo volcaría en un escrito, y terminaría siendo el capítulo “Quino” de ***Una Vida, Mil Vidas***. Realmente aquel relato me dejó absolutamente conmovido. Esa noche no pude conciliar el sueño, y pensé todo el tiempo en la Maravilla que tiene el poder de las descripciones precisas, recuerdo detalles de aquella charla y me espeluznó inmediatamente. Sin dudas que ***Una Vida, Mil Vidas***,

es una obra donde el autor, toma con precisión las historias de quien fuera su abuelo Pedro Antonio Torasso... Todas estas historias, al venir de una transmisión de familia, pudieran hacer pensar que este escrito tendría un carácter intimista y o privado. Todo lo contrario, por la calidad de las descripciones y la forma de abordar el texto, es decir una biografía novelada, hacen que a medida que nos adentramos en sus capítulos, vamos tomándole cariño a cada uno de los personajes que van apareciendo, incluso vamos viviendo la cosmovisión de la época, porque el autor también hace las veces de historiador y vuelca elementos que contextualizan lugares, espacios y tiempo. Sobre la primera parte del libro... el autor, ya hace un tiempo, me había contado que estaba escrita. Cuando aparecían nuevas charlas de café, él me agregaba decorados a esos relatos, y esto hacía que fuesen más intrigantes los desenlaces. Aquellas historias de vidas sacrificadas y de tiempos rudos en los Alpes italianos, para mí era algo muy familiar, ya que en la casa de mi abuela se hablaba siempre de estas cosas. (casualmente la familia de mi Nonna era de ori-

gen piamontés, precisamente de Cigliano). A fines de 1800 una importante comunidad de Ciglianese en Tucumán, se radicó en el “nuevo” barrio de Villa Urquiza. El cariño puesto en cada letra para hablar de su Nonno, no quita realismo a esta narración novelada, sino que por el contrario le agrega un toque de humanismo muy propio y personalizado. Esto logra hacer sentir a cualquier lector representado por el personaje del inmigrante. Y a quienes somos lectores, pero llevamos por detrás una historia de familia que vino de los barcos, hacen que confluyan los sentimientos y nos metamos en los zapatos del protagonista, parangonando casi sin querer, a esta, con nuestras propias historias de familia. El fino poder descriptivo que despliega el autor, nos hace que se dibujen en nuestro imaginario, los rostros de cada personaje que van apareciendo a lo largo de los catorce capítulos de ***Una Vida, Mil Vidas***, y de poco nos adentramos en el espíritu colectivo resiliente, propio de quienes vinieron a la Argentina en aquellos años. Rodolfo Atilio Torasso, supo con total elocuencia transmitir lo que le vino contado a él por parte de sus antepasados,

y logró plasmarlo en forma magistral, en este, su primer libro. Aquí hay una historia conmovedora y atractiva, aquí logramos que por esta historia se produzca un vivenciamiento de parte nuestra, y de esta forma revaloricemos tantos ejemplos como el de Pedro Antonio Torasso. Tantos inmigrantes que pasaron por todas las peripecias inimaginables y se transformaron en ídolos de cada familia. Estos antepasados que fueron pioneros de la patria. Esos héroes anónimos que vinieron a este país llenos de sueños y dejaron un legado generacional riquísimo en valores. Hoy millones de argentinos están teñidos de un sentimiento imposible de despegar de lo que para muchos es su segunda patria. Esto no solamente se trata de un sentimiento hacia un determinado país. Se trata de un sentimiento hacia una forma de vida (valores y cultura) que maduró en el corazón de cada argentino hijo o nieto de inmigrante. Este libro es un magnífico homenaje a varias generaciones de italianos que vinieron a la Argentina. Es la ofrenda que brindan SUS retoños a quienes durante largos años de su vida, se dedicaron a enseñar que se va para adelante con la frente

bien en alto, con el orgullo en el pecho, y se lleva a la dignidad como estandarte. Sirva este ejemplo para las actuales generaciones, sirva ese gen resiliente y esos valores nobles de los antepasados. Con todo eso hoy conforman una enorme coraza con la que muchos NUEVOS retoños, hijos de aquellos “primeros argentinos” afrontaran el camino inverso, (“hanno deciso tornare in dietro”), decididos a la gran aventura europea. ¡Celebro con orgullo de amigo el nacimiento de ***Una Vida, Mil Vidas!*** ... Sin dudas este libro ayudará a muchos a abrir las puertas de sus rincones del pasado, aquel orgulloso pasado familiar que no debemos olvidar. La familia Torasso de fiesta.! Auguro mucho éxito y no tengo dudas que pronto estaremos deleitados con otros maravillosos relatos del Autor.

Bruno Cinellu

San Miguel de Tucumán, noviembre 2023

E la nave va.

I - Buenos Aires

Hace calor aunque es Enero... En mi entrañable y querido Cigliano, aquel pueblo natal del alto Piamonte Italiano ubicado al nordeste de la ciudad de Torino, pequeño poblado con casas bajas y techos de tejas, lugar del que no solíamos salir y donde crecieron y vivieron todos mis ancestros, camino a los siempre nevados Alpes, el frío del duro invierno lastima seguramente la piel. Tantas veces lo sentí. Las bajas temperaturas, simulaban pequeños y helados cristales que persistentemente modelan nuestra templanza y carácter para llevarnos a una

vida mejor.

Aquí en esta parte de Sud América, naciente y próspera del siglo XX, el sol abraza intensamente, el calor y la humedad envuelven de Octubre a Marzo, de manera asfixiante.

Pasaron unos pocos días de una Navidad demasiado solitaria, es el año 1906. El 8 de Enero, todo es nuevo para mí como lo es este siglo que me invita a la esperanza y a la búsqueda de una realidad nueva. Estoy en Buenos Aires, Argentina.

El Regina Margarita está anclado en frente mío, es un gran paquebote a vapor. Fue pieza clave en traernos a tantos y tantos italianos hasta aquí.

Este barco demostraba la vieja fortaleza de carácter de mi gente, hablaba de por sí de quienes éramos y cuanto valor teníamos.

Al bajar caminé hacia lo desconocido. No sabía nada, ni por qué, pero sí sentía en mi profundo buscar, que los tiempos iban a ser distintos, mejores, formaría una familia, trabajaría fuerte para lograr todos mis objetivos, viviría en

una tierra nueva y llena de posibilidades.

Empecé, caminé hacia un viejo portal, donde me cobijé de una fuerte y persistente lluvia de verano, esta disimulaba algunas lágrimas, estaba solo, tenía miedo a lo que no sabía, hoy ya grande, entiendo aquella angustia, hoy comprendo acabadamente lo que aquel chico sentía, vi el vapor que me dejaba, me abrumaba, era realmente inmenso, no lo sabía. - ¿Cómo podría saberlo si mi lugar en el viaje no tenía ventanas? - viajaba en la bodega con un pasaje miserable, no me estaba permitido subir a la cubierta, sólo podía hacerlo a determinadas horas y en lugares aislados. El viaje en cierto modo fue una pesadilla de gentío, de malos olores, de exceso de frío y luego de calor. Duró 27 días, todos paisanos, no conocía a nadie, todos buscando como yo, lo nuevo que sin duda sería duro en el presente, pero sentíamos una oportunidad de vida mejor.

Ese viaje parecía haber terminado, solo quería descansar un rato, reponerme del tedioso trámite de bajar del Paquebote con sus colas in-

terminables, digo parecía, porque aún hoy no lo terminé, aún hoy estoy viajando en aquel vapor, en aquel difícil viaje a la esperanza.

De pronto frente a mí y a unos pocos metros de donde estaba, un grupo de oficiales de policía, tomaban a 2 hombres que eran parte (luego lo supe) de la tripulación italiana del barco, en principio no entendí nada, era evidente que la policía los estaba arrestando. El desconcierto era total, los gritos y el desborde eran notorios, me sorprendió esa situación, no dejaba de ser un niño yo, y aquella gresca no era algo que yo pudiese haber experimentado.

Luego me enteré. Ocurrió que el personal de Aduanas y el servicio policial, tenían bajo vigilancia a varios tripulantes del vapor “Regina Margarita” que, al desembarcar, mantenían actitudes sospechosas y encuentros fuera del área del puerto con personas fichadas por distintos delitos, contrabandeaban artículos de interés para los argentinos del puerto, que luego eran introducidos ilegalmente al circuito de ventas. Por ello efectivos policiales y aduaneros de civil

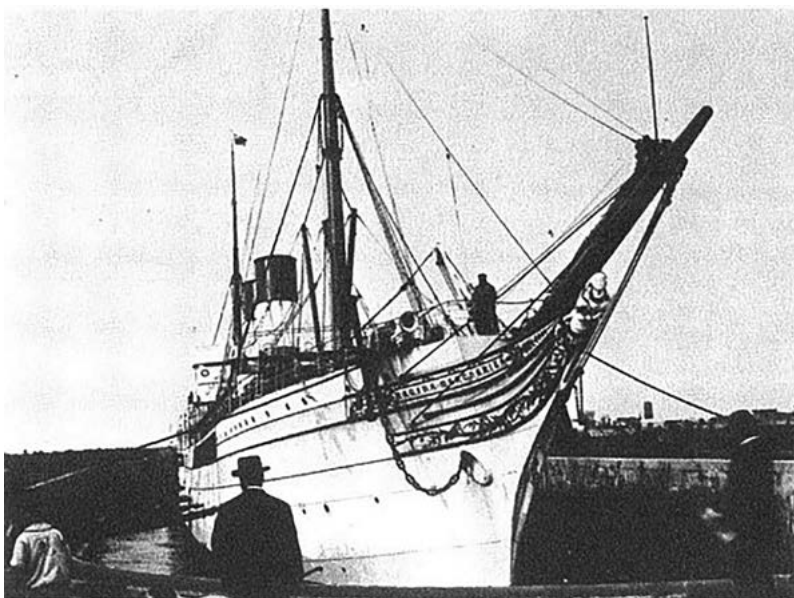
intentaron detener a estos miembros de la tripulación.

Los marineros se resistieron y reaccionaron con violencia, mientras pedían ayuda a sus compañeros que en la cubierta del vapor observaban los acontecimientos, un grupo de tripulantes descendieron y acudieron en auxilio de sus camaradas, generando una gresca de proporciones, logrando así rescatarlos y embarcarlos nuevamente, frustrando el procedimiento aduanero y policial.

Al rato llegaron uniformados, eran de la Prefectura Marítima, pero cuando pretendieron abordar la nave para la detención de los sospechosos, comenzaron a precipitarse situaciones complicadas, ya que el personal subalterno del trasatlántico, impidió con violencia el acceso a las autoridades policiales y aduaneras intervinientes, generando complicados hechos de violencia física en cubierta, con manifiesta resistencia a las autoridades nacionales.

Yo miraba todo esto pasmado. No sé cómo terminó pero el asunto llegó a ser noticia en

todo Buenos Aires, y aprendí que debía mantener distancia de cualquiera de este tipo de acontecimientos, aprendí que en este país el guardar silencio ante la adversidad no dejaba de ser una virtud.



Regina Margarita.

II - Viaje

Partimos desde Génova, el 10 de diciembre de 1905. Lo único que me acompañó en el viaje fue un viejo bolso de lona militar, una manta que me dio Mamá y toda mi esperanza de poder lograr olvidar el frío y el hambre de mi trabajo de *Carrettieri* por los duros caminos que llevan a Suiza cruzando los Alpes.

Cuando todo pareció calmarse, nos indicaron caminar hacia el lugar donde se tramitaría el ingreso, la gente se acomodaba en la larga cola, al avanzar, fui dejando la imagen del vapor, todos hacíamos la fila, aunque no sabíamos

para qué, escucho hablar que es un hotel que nos espera y le llaman el Hotel de Inmigrantes, parado tímidamente, busco mi lugar, esperando sin saber qué, lo que se transforma en insostenible. A mi lado chicos llorando, seguramente era el hambre y mucho cansancio, madres a las que tanta paciencia les curvó la espalda, padres sumidos en el temor de lo que no saben ni conocen y yo y tantos más, en busca de una vida mejor, lejos del dolor y las carencias de una Europa caída, casi en pie de guerra.

Luego de mucho esperar, la fila comenzó a moverse, no sé cuánto tiempo pasó, pero todo, era lerdo y tristemente sin ningún tipo de información.

— ¿Nombre? — me dijo el oficial

— Pietro Antonio — le respondí

— ¿Edad?

— 16 años

— ¿Origen?

— Italia

— ¿Oficio?

— *Carrettieri*

—¿Lee y escribe?

— Sólo italiano.

De baja estatura, con un inmenso bigote peinado, uniforme azul, rostro adusto y genio poco amable, fue el primer argentino que traté..., me selló la libreta, me indicó otra cola y seguí esperando.



Desembarcadero.

No recuerdo bien el tiempo que pasó, pero sí recuerdo al segundo argentino que traté, era una mujer, mayor diría, no muy alta, me doblaba en peso, me hizo sentar en una pequeña camilla de madera, sacó una caja de metal bri-

llante, algodón y alcohol, la jeringa asustaba, me pido que me bajara el pantalón, solté la faja, y aquel día, recibí la primera inyección de mi vida. ¿Qué sería?, no lo supe, luego escuchó los latidos del corazón, me pidió me recostara en la camilla, me cinchó el brazo con una tela que se llenaba de aire y lo dejaba escapar despacio, me miró y aquel día por primera vez escuché decir que mi corazón no estaba bueno, lucharía toda mi vida con él, no muy sano, de dónde lo habré heredado y a cuántos les dejaré la marca, pensé

La ducha era para todos, una inmensa sala con cañerías a un metro de nuestras cabezas, flores que rociaban con agua caliente y un profundo olor a desinfectante (jamás podré olvidarlo), un jabón usado una toalla y un poco de ropa limpia, a buscar lugar en el Hotel, que como dije le llamaban “de Inmigrantes”.

El hotel muy bueno, diría recién construido, tenía además de su Planta Baja, 3 amplios pisos. Me impresionó su estructura, primera vez que veía una construcción de ese tamaño, después me enteré que era el primer edificio de América

del Sur construido mediante estructura de hormigón armado, estimo que su porte era de alrededor de cien metros por treinta. En cada piso había cuatro dormitorios, los que albergaban a más de doscientas personas cada uno. El trámite de ingreso al país estaba completado, no sé en que momento quedé dormido. A la mañana siguiente comenzaría el primer día del resto de mi vida, caminé sin rumbo, solo atiné a bordear el río.



Dormitorio.

Buenos Aires era impresionante, gente por todas partes, idioma que nunca había escuchado, desorden, gritos, la gran mayoría de los que cruzaba eran inmigrantes como yo.

Me sorprendieron mucho las características de los nativos, no ofendo, pero eran seres que yo nunca había visto. Caras de pocos amigos, duras y una piel morocha de gruesa apariencia.



Parroquianos de la zona del Puerto.

Frente al puerto, al que le dieron por nombre “Madero” y en la esquina hacia el oeste, un viejo bodegón de grandes ladrillos gastados por los años de aspecto viejo y olvidado.

Para llegar caminé por el empedrado de la calle entre carros inmensos tirados por media docena de caballos, cargados de mercadería que me recordaron una vez más al que yo manejé tantas veces en mis idas y vueltas a los cantones Suizos de los Alpes.



Hotel de Inmigrantes.

El techo del viejo bodegón era de tirantes y tejuelas cubiertas por grandes tejas coloniales, alto y ruinoso, colgaban de él patas de jamón, las paredes estaban impregnadas de vino

y canciones mesas junto a grandes ventanales, los parroquianos, que serían trabajadores del puerto, supongo y el primer bandoneón, sí fue el primero, aunque aquel día no tomé en cuenta que en este país, siempre y donde fuera, vería vino y bandoneón.



Viejo bodegón de Buenos Aires.

Me acomodé en una de las desvencijadas sillas tapizadas con cuero de vaca junto a un mesa, como pude hacerme entender logré que me sirvieran un café con leche, al que acompañé con un pan con grasa que hasta aquí no

conocía, redondo, medio chato, me encantó, lo devoré, el hambre hizo que dejara de lado todo ese entorno tan particular y fue allí en el momento de terminar mi desayuno, que pregunté cómo llegar a Tucumán. Sí, Tucumán un lugar del que ignoraba completamente todo, más aún cuán lejos o cerca quedaba. Lo único que sabía, era que en ese lugar estaban algunos de mis paisanos del “*Siam*” (nombre común con el que se llamaba a la zona de mi Cigliano natal), esperándome.

El camarero que me atendió para mi sorpresa y completa satisfacción era Napolitano, hombre entrado en años y como todos los italianos del sur, avezado en el habla y los ademanes. ¿De dónde eres me dijo, estás solo? Me contó que llevaba algún tiempo aquí, que si yo tenía ganas de trabajar honrada y tenazmente, lograría un futuro prometedor. Mira, me dijo el viejo paisano, caminando por la orilla del río, hacia el norte llegarás a la plaza del Retiro, te darás cuenta porque en ella se está construyendo una gran torre, que nos regalaron los ingleses de

la ciudad, para conmemorar el centenario del primer gobierno patrio, frente a ella está la estación Retiro, de allí salen los trenes al norte. Llegarás a Tucumán en dos días de viaje, previo paso por la ciudad del Rosario, en Santa Fe y La Banda en Santiago del Estero.

Me contó que él había hecho el viaje a principios del 1900, cuando aún gobernaba el país, el General Julio Argentino Roca, que luego supe era un ilustre Tucumano que junto a una llamada Generación del 80, logró mucho de lo que hoy es Argentina.

Fue porque le ofrecieron trabajo de camareero, me comentó sus desavenencias y penas, las que lo trajeron nuevamente a Buenos Aires. Al rato de conversar sentí en este hombre un amigo de mucho tiempo, me fui, nunca más lo volvería a ver, tampoco a olvidar.

Salí caminando como me habían indicado, no fue tan largo el recorrido, apenas pasada la media hora, vi la hermosa torre de los ingleses en el centro de la plaza, al frente y como me dijo el Napolitano, estaba la enorme fachada de la

estación retiro, el gentío era mayor aún que el del puerto, la gente se veía distinta, el atuendo que llevaban era más propio del lugar, vi desde pobres y rústicos gauchos, con sus ponchos marrones, botas de cuero crudo y sombreros de lona, hasta distinguidos señores con trajes oscuros, cuellos duros y finos chambergos, seguramente importados.



Torre de los Ingleses.

En la estación me impresionó, un altísimo portal de entrada en forma de arco que daba a un primer hall. Allí se encontraban las cajas

expendedoras de boletos, cada una de ellas firmamente protegidas con hierros forjados, frente a ellas una buena cantidad de personas pugnando por sus pasajes. Superado eso, una inmensa nave donde vi el acceso a no menos de ocho andenes y otra vez, un gentío impresionante. Recuerdo haber conocido, cuando partí a Génova, en busca de mi barco, la Estación de trenes de Turín, Porta Susa, esta era mucho mayor.

El tren salía a las cuatro de la tarde, conseguir pasaje no me resultó difícil, lo malo y luego lo sufrí, fue que mi presupuesto no me permitió adquirir algo mejor que la clase que compré, era la económica, asientos de madera y un baño para más de ochenta personas que compartimos el mismo coche.

Un enorme banco a la orilla del andén fue mi descanso hasta la hora de salir. Acomodé mis pocas pertenencias de manera de poder sentir-las y me dormí.

Así me recibió este país, pasaron más de sesenta años. Hoy, sobreviviendo con mi viejo co-

razón. El pobre resistió mucho más de lo que pude creer. Haberse imaginado aquella mujer que me revisó y en el Hotel de inmigrantes, me dio la primer inyección, cuando me dijo que este corazón no estaba sano, que aún estaría hoy viviendo con él. Recordar tanto tiempo pasado entre aquel día de enero de 1906 y este, en el que siento mi cercano ocaso.



Hall de la Estación Retiro.

III - Italia

El país venía del proceso de unificación de 1861, llamado transformismo, nombre que se le dio al sistema político que hubo en aquel año y hasta 1887 y que consistió en un gobierno permanente en coalición de liberales y conservadores monárquicos. Creó el Estado moderno italiano, con un régimen liberal bastante notable.

En aquellos años poco podía entender, hoy leyendo lo que la historia permite, puedo comprender el porqué de tanta decadencia en la economía del país de aquellos años finales del siglo XIX.

En 1887, cuando asumió el gobierno, que te-

nía un manifiesto color nacional populista, de Francesco Crispi se desencadenó una durísima y larga guerra aduanera con Francia, principal mercado de las exportaciones italianas, que si bien, pudo favorecer a algunos sectores como el metalúrgico y cerealista, resultó muy negativo para Italia. Provocó una caída de las inversiones extranjeras y una fuerte reducción del comercio exterior, lo que, a su vez, dio lugar a una muy grave crisis bancaria (1889-1893), al hundimiento de los sectores vinculados a la exportación y al encarecimiento del costo de la vida, en especial, del pan y el azúcar.



Los Alpes Italianos.

Fue una grave crisis social que se reflejó, sobre todo, en el aumento de la emigración italiana a América y en el estallido de protestas sociales y fuertes desórdenes públicos.

La situación que vivíamos en Italia era de mucha decadencia, no había trabajo y mucho menos, dinero, las personas mayores no tenían una adecuada medicina y los menores no tenían futuro. Los jóvenes como yo y también familias enteras, emigrando a América, unos a Estados Unidos, otros como yo, a Argentina o Brasil. Tierras estas de las que recibimos las mejores de las noticias y nos hacían soñar con mejores condiciones de vida y posibilidades de prosperidad, que lamentablemente no contábamos en nuestro país.

IV - Juan

Juan, mi padre, ágil, robusto, serio en su proceder, veintiún años mayor que yo, nació en 1868 como todos nosotros en El Piamonte, región que colinda con Francia, al norte con Valle de Aosta y Suiza, al este con Lombardía y Emilia Romagna y al sur con Liguria. Esta zona es la segunda región en tamaño de las veinte de Italia, sólo superada por Sicilia.

Mi padre era un pequeño comerciante, su trabajo consistía en comprar frutos de la región y atravesando los Alpes llevarlos a Suiza, donde los vendía, con la recaudación compraba carbón, el que negociaba al regreso. (De allí mi vie-

jo apelativo de *Carbunin*). La tarea era dura en demasía, el viaje era realizado en un gran carro tirado por 6 fuertes percherones, una travesía de un poco más de 150 km, duraba aproximadamente un poco más de una semana por tramo y le dejaba réditos como para poder alimentarnos y tener lo necesario como para crecer y desarrollarnos con una educación mejor a la que él tuvo acceso.

Éramos diez hermanos, yo era el mayor y en épocas de vacaciones escolares, lo acompañaba, eso me hizo conocer la ruta, las personas con las que contaba en el camino, y cada uno de los avatares de la tarea. El emprendimiento resultaba extremadamente arduo, sobre todo en invierno cuando las temperaturas eran insosteniblemente bajas.

En aquella época, el país estaba desordenado, perseguía a la gente una gran hambruna. En el mes de noviembre, un día después del de las almas, mi padre conducía su carro, era una noche cerrada, sería un poco después del atardecer. Había dejado atrás el poblado de Gatti-

nara, localidad anterior a Varallo Sessia, donde haría la primera etapa, cuando de repente, los caballos son parados por unos extraños, uno de ellos subiendo, lo encañona y ordena bajar. Le estaban quitando todo, absolutamente todo, eran cuatro, no pudo resistirse. Rogó por sus bienes, por sus cosas pero solo le dejaron la vida.

Caminó bajo la noche, la nieve además de dificultar el avance le caló hasta los huesos y le dejó una pulmonía de la que demoró mucho tiempo en salir, pudo llegar al albergue donde solía descansar en Varallo Sessia. Fue auxiliado. Tomó un baño caliente, desayunó huevos con pan y tocino, estaba muy lejos de casa y su cuerpo se sentía desfallecer.

A la tarde, la fiebre lo estaba matando, lo atendió un médico de la zona que lo obligó a contar todo lo sucedido, no quería hablar, el temor a enfrentarse nuevamente a aquellos delincuentes era tal que prefería callar, intervino la policía pero nada pudo recuperar.

Cuando se sintió un poco mejor pudo em-

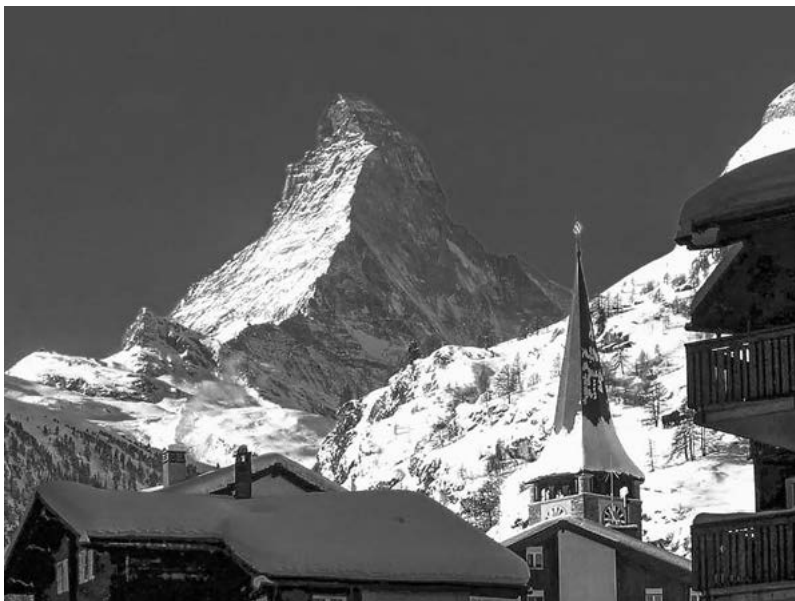
prender el camino de regreso a casa, habían pasado diez días de la salida y regresaba enfermo y sin nada. La pena de mi madre fue tremenda, verlo como estaba, despojado absolutamente de todo y con un inmenso dolor por lo sucedido fue un duro golpe para toda la familia, nos contó paso a paso su triste experiencia, el asombro y la desesperanza nos embargaron y llenaron de angustia. La pena fue terrible. Ese día cuando lo vi, fue la primera vez que pensé en América.

Demasiado duró la enfermedad. En aquellos tiempos no contábamos con la medicina necesaria y la única esperanza era la reacción del cuerpo. Cada día era un rogar por la tan ansiada mejoría.

Recuerdo el despertar del día siguiente, sin duda alguna fue una de las noches más larga de toda mi vida.

Necesitábamos encontrar una solución, dependíamos de aquel trabajo y de una u otra manera yo era quien debía hacerlo. Tal vez nuestros vecinos nos podrían ayudar a conseguir lo necesario para continuar.

Debíamos lograr reparar un viejo carro ya dejado de lado y conseguir los animales adecuados. Lo más difícil era buscar alguien con la edad necesaria para acompañarme, yo apenas contaba con 11 años, necesitaba una persona de confianza que me protegiera. Mi madre me alentó y me propuso para ello a mi viejo y querido tío Carlo su hermano. Me gustó la idea, era un segundo padre para mí, sin dudas, con él estaría protegido y acompañado. Recuerdo que yo cursaba el quinto grado. Nunca más pude



Alpes Suizos.

volver a estudiar.

Al poco tiempo estábamos en marcha, habíamos logrado en algunos días alistar lo necesario, nuestros paisanos nos ayudaron, tenía todo lo que a mi entender era lo adecuado. Mi querido tío Carlo, que me quería como a un hijo, estaba sentado a mi lado y toda una familia despidiéndonos y esperando nuestro regreso.

Pasaron un poco más de dos años, la vida se encargó de restablecer las cosas. En cada viaje que realizaba me sentía con más confianza. Solo quería ver nuevamente sano y fuerte a mi padre. A los catorce ya era yo, un hombre endurecido por la tarea, tenía la templanza que da el superar las situaciones difíciles.

Un amanecer, mientras preparaba un nuevo viaje, hablé con mi madre, le dije lo que había pensado, que no quería esto para nosotros, que sabía de Argentina, donde teníamos ya algunos parientes y que quería ir allí. Luego los llevaría a todos junto a mí.

V - Estrellita

Catorce años... Quizá, quince por cumplir, muy pocos para saber tanto de la vida. Pero había conocido la ilusión, Estrellita se llamaba. Su aspecto era francés, como su madre, su familia vino por el mismo motivo por el que yo comencé a pensar en irme. Fue la época en que Italia entregó Niza en gratitud por el apoyo de la vecina nación a la lucha contra el sur.

Cuando la vi, cuando la conocí, cuando la escuché, era algo tan nuevo, tan distinto, era particularmente hermosa, dulce, frágil, tierna, una niña feliz y despreocupada. La rodeaba un halo de pureza.

De su rostro lo que más se destacaban eran sus ojos grandes de un verde increíblemente claro, tan claro que enfrentados al sol parecían atraparlo. Su pelo ligeramente castaño, caía sobre sus hombros. Su piel tan fina, suave, nueva, tan clara diría, quizás transparente, que debí detener mis manos que se inquietaban por acariciarla.

La conocí una tarde cuando caminaba por la campiña del pueblo, sentí la voz de una niña sollozar, un pequeño accidente con su bicicleta le provocó una herida en la pierna, la pobre niña lloraba tímidamente, me acerqué a ayudarla, no sabía cómo hacerlo, solo atiné a pedirle que me permitiera acompañarla a su casa.

La vuelta fue bonita, ya no había dolor en ella ni temor en mí, comenzamos a contarnos quiénes éramos, de dónde veníamos, quienes eran nuestros padres, algunas aventuras de niños que nos iluminaron las caras de alegría, dos chicos sorprendidos de conocerse.

Cuando llegamos, su madre preocupada por esa herida, la asistió, yo sin decir palabras, me

quedé a un costado.

Fue mágico, me enamoré de ella sin darme cuenta, a partir de esa tarde, no dejamos de vernos cada vez que podíamos, fue un crecer de a dos, un compartir el despertar de un sentir distinto, sensaciones que me llevaban a abandonar mi niñez.

Recuerdo y sé que amé por primera vez en mi vida. Jamás volví a sentir algo así, era igual a mi necesidad de seguir, eso me fortalecía, me ayudaba a subsistir. Eramos tan dulces como jóvenes. Disfrutaba mucho su compañía.

Crecimos juntos, me había dado una alegría distinta. Mis jóvenes años y mi realidad, quizá, no me permitieron saber lo que recibía. Estando a su lado olvidaba cualquier mal. La vida se transformaba en algo exquisitamente placentero. Los momentos, que no fueron muchos, parecían nada en el tiempo. Fue la experiencia más tierna, con ella logré fortalecer mi alma y conocer el dulce sabor del amor.

En cada viaje, mis pensamientos estaban en cómo ayudar a mi familia, cómo lograr lo ne-

cesario para que mi padre pudiera revivir, pero además pensaba en cuándo podría volver a verla, cuándo tendría la posibilidad de verla, de abrazarla.

Su continua presencia en mis recuerdos, hacían más llevaderos los días. Sus palabras cuando me decía “Te quiero”, quedaron profundamente grabadas en mi corazón.

Al regreso de cada viaje, estaba con ella, disfrutando la posibilidad de verla, de compartir momentos que no quería cambiar por nada ni nadie.

Teníamos nuestro lugar, un viejo durazno donde nos encontrábamos, Jugamos mil veces a ser felices, recuerdo cuando de manera picaresca nos robamos unos pomelos de una pequeña finca de las afueras del pueblo, los comimos con una alegría impensada, ¡reíamos tanto!. Cada momento compartido era mágico.

Eran tiempos realmente difíciles, hasta para los que se pudieran enamorar, pero junto a ella, a mi dulce e inolvidable Estrellita, pasé los días más encantadores, tiernos y amorosos que Ita-

lia me pudo dar.

Era Particularmente hermosa, dulce. Su padre un hombre nacido en Cigliano como nosotros, duro como el frío que nos rodeaba, como dije, su madre, una delicada mujer del sur de Francia, Estrellita tenía lo mejor de cada uno de sus padres, el temple y la ternura de cada uno de ellos. Fue un duro precio que debí pagar, cuando la dejé por América, recuerdo la última vez que estuvimos juntos, increíble para su corta edad, las palabras que me entregó, escritas en un papel que aún hoy conservo.

“Lo mejor de mi vida llegó de ti. Nunca lo imaginé y lo descubrí al tocar tus manos. Llevaré tu imagen grabada, esa en la que de ser dos, pasábamos a ser siempre uno. No hay Adiós. No. Sé que pronto te irás a América, en busca de tus sueños; te regalo mi amor y comprensión. Ya elegiste y mi deber es respetar tu decisión. Por eso no hay despedidas. Soñé y me quedo con eso, será un tesoro que llevaré siempre conmigo.”



Durazno en flor.

Mi máximo y único crimen creo, fue matar aquel amor, jamás volví a amar así, nunca sentí algo parecido a aquella relación, no sé si me lo perdonaré, maté mi única experiencia de amor, maté a Estrellita.

Días después de aquella despedida, la tristeza me embargaba, me llenaba de soledad, solo mi decisión ayudaba a soportar mi pena, iría a Argentina, haría una vida nueva, lograría todo aquello que me propuse para mí y para los míos.

VI - La Despedida

Un día de verano, estaba preparando el carruaje, sentí el calor de mi padre mirándome. Se acercó, su mano izquierda tiernamente, tomó mi hombro, mi felicidad fue inexplicablemente grande, cuando lo escuché decirme que me quería acompañar, que se sentía con la fuerza necesaria. Habían pasado dos años entre la vida y la muerte, por fin pudo lograr dejar la cama.

Como siempre, los viajes eran penosos, pero el primero en el que me acompañó mi padre fue más aún, recuerdo que mientras realizamos el trayecto, de mañana al amanecer, cuando casi llegábamos a destino en pleno Alpe, cuando solo había silencio entre los dos y viendo algunas lá-

grimas que se le escapaban, tomé la palabra, le dije: padre, no quiero más esto para nosotros, es peligroso, lo he pensado mucho, me iré a América, luego me seguirás con toda la familia.

El viejo, (tenía un poco más de treinta y cinco años) con indisimulables lágrimas de sus ojos, me preguntó por qué lo abandonaba, yo era su mayor esperanza, le juré que no lo abandonaría jamás, lo ayudaría desde allá y en no mucho tiempo estaríamos uno al lado del otro, trabajando y construyendo un futuro mejor. El invierno y las penas serán dejados en estas montañas, todos juntos, buscaremos el sol.

Pasaron los días, fue realmente triste aquel viaje, en cada momento sentíamos la despedida, el temor a no volver a vernos, Papá calló hasta cuando llegamos a casa. Mi madre, una mujer fuerte que tenía al optimismo como bandera, cuando escuchó lo resuelto, me apoyó, me dio confianza. Sé que sufría, Cómo no hacerlo, era su amadísimo hijo mayor, el que siempre fue su apoyo y con quien contaba indeclinablemente. Un mejor futuro estaba en mí, lo entendió y se puso a mi disposición.

Nada fácil era lo resuelto, necesitaba dinero que por cierto no abundaba y ayuda desde América, (contaba con mis parientes en ella). El desconocimiento sobre la travesía era total.

Cientos de preguntas rondaban en nuestros pensamientos. Todo se fue despejando. Pasaron más de dos años, y con el corazón estrujado de la pena y el dolor los dejé.

En Diciembre de 1905, partí a Turín y desde allí a Génova. Verlos quedarse conmovió hasta lo más profundo de mi alma. La imagen de mis padres y mis nueve hermanos fue mi primera fotografía, solo que la tomé con la máquina de la añoranza.

Todavía hoy la llevo conmigo. Jamás podrá ser borrada mientras viva.



Estación portuaria de Génova.

VII - Estación Sunchales

Las campanadas de la Estación Retiro de Buenos Aires, me despertaron, la gente corría a mí alrededor, llamaban a los pasajeros a abordar el convoy. Levanté mis cosas, de aquel banco donde descansé como pude, corrí buscando mi coche, era el número 01.

La formación medía más de doscientos metros, sí bastante más, para colmo mi vagón era el primero junto a la máquina, lo descubrí después de caminar un largo trecho en busca de su número. Al principio me decía cómo puede ser posible que no esté, lo pensé, pero llegué. Es más, recuerdo que me consoló la idea de que

al menos, entraría en la estación de destino, al principio de la formación. No fue así.

La inmensa y negra máquina despidió una increíble bocanada de humo. El silbato del guarda sonó insistentemente, los pasajeros pugnaban por llegar primeros, algunos trepaban por las ventanas. Las ruedas comenzaron a girar. Toda la estructura del tren tembló, era ya entrada la tarde, acomodé mis bártulos en la gaveta que había encima, a mi lado y en el banco enfrente se acomodó una familia de Friulanos que luego supe iban a Córdoba, una hermosa provincia al noroeste de Buenos Aires. Un padre, joven y fornido, con no muchos años, la esposa más bien joven, realmente y con absoluta humildad y respeto, la vi bonita y tres pequeños niños que no pararon de corretear todo el camino.

Recuerdo enseñarle a jugar a la “mura”, viejo juego de nuestros antepasados. Ellos al igual que yo no hablaban bien el italiano, cada uno como es usual en mi país habla su dialecto. Pero bueno, la necesidad agudizó mi mente y

al poco momento estábamos comunicándonos perfectamente.



Locomotora a vapor. 1900.

Londero era el apellido de aquella gente, les conté de mi vida y de las desavenencias, les hablé de mi pueblo, de mi familia, de mi Papá y de todo lo que había pasado y cuánto padecimos.

Creo que habíamos andado bastante y yo que no soy de mucho hablar, (nunca lo fui), aquel atardecer de verano, no me callé ni un rato... Hacía ya muchos días que no me sentía en familia.

La Ciudad de Buenos Aires me gustó mucho,

aunque por cierto, no la conocí demasiado en aquella oportunidad.

La campiña que estaba viendo a medida que la formación avanzaba me sorprendió sobremanera. Increíbles campos, absolutamente planos, como nunca había visto (por ello el apelativo de Pampa con el que se conocía en el mundo), con trigo hasta donde terminaba la visión y cuando no, cientos de cabezas de ganado en cada parcela pastando a sol abierto, algo absolutamente inédito para mí. El ganado en mi pueblo se alimentaba en el establo, caminaban sólo cuando lo llevábamos hasta el canal para lavarlos y refrescarlos y su finalidad era proveernos de leche y lo que pudiéramos hacer con ella. Qué harían con tantos animales me pregunté, es más, a través de tantos kilómetros solo se veían ellos, pero habitantes, muy pocos. Un país inmenso y demasiado poco poblado pensé.

Vinieron a mí, las mañanas en las que junto a mi madre ordeñamos nuestra vaca, si, nuestra vaca, solo una, Aquí las había por miles y miles. Pensé en el frío que padecíamos, a dife-

rencia de estas pampas donde el calor abrazaba, las ventanas del coche estaban abiertas, el aire que entraba me embriagaban con el aroma a tierra virgen, vida y esperanza.

¿Quieres comer algo? me preguntó la señora, ofreciéndome un poco de pan y queso. Mis ojos se agrandaron de imaginarme tamaño festín, no había comido desde que salí del bodegón, donde estuve con aquel napolitano. Sí señora, gracias fue mi respuesta, lo comí con tanta ansiedad que la tarea no me llevó mucho tiempo. No recuerdo haber probado un queso tan rico como aquel. Tantas vivencias quedaron grabadas en mí de aquellos tiempos. Aún hoy percibo su sabor. Un poco de vino ayudó con la digestión, serían las ocho de la tarde, comenzó a oscurecer.

El convoy viajaba a una muy buena velocidad diría, sesenta, tal vez setenta kilómetros por hora, veía como dejábamos de lado los árboles de manera increíble, parecían pasar por delante de las ventanas del coche con la prontitud del relámpago, formando un soplo parecido al

de un balazo. Jamás imaginé estar en un vehículo que fuera tan rápido. El tren que me llevó a Génova desde Turín había sido mi inicio en este tipo de carruajes y seguramente no llegaba a alcanzar ni la mitad de la velocidad de este.



Coche de pasajeros. 1900.

Los miedos y las sorpresas me invadían, recuerdo que aquella tarde me sentí realmente

feliz y con la hermosa sensación del objetivo logrado. Aunque en realidad nada había comenzado.

Era casi la medianoche cuando entramos a Rosario, ciudad de la colindante provincia de Santa Fe. Vi como industrial que quería ser, a los costados de la vía incontables galpones. Luego supe que la ciudad estaba a orillas del Paraná, uno de los ríos más grandes de América del Sur y contaba además con un importante puerto desde donde despachaban la gran producción de cereales de la toda la zona norte del país.

Su Estación no era nada comparada con la de Retiro, me hizo recordar mucho a las viejas Estaciones de Italia. Se notaba la mano de mis paisanos constructores, amplio andén central, totalmente techado, vías a sus costados y al entrar, el sector de pasajeros y administración.

Pasaron más de dos horas, de pronto vi como la máquina se desprendía de la formación. Al arrancar me di cuenta que la habían reemplazado a esta con otra, pero en la parte posterior

del tren de manera que mi coche 01, pasaba a ser el último vagón, al entrar a destino, estaría nuevamente muy lejos, tal cual como fue en Buenos Aires. Ahí mi desazón, de nuevo los bártulos llegarían sobre mis espaldas. No obstante, alguna ventaja había, ahora el ruido de la locomotora lo soportaran los de primera clase.



Estación Ferroviaria Rosario Norte.

Cuando dejamos la ciudad de Rosario, me dispuse a dormir, los asientos eran realmente incómodos pero comparados con los de mi viejo carro, eran poco menos que una cama. Al tiem-

po el sueño me venció. Al amanecer, la ciudad de Córdoba.

Me desperté con el trajín de los pasajeros que bajaban en aquella parada. La familia Londero con quien había compartido el viaje preparaba sus pertenencias para dejar el tren, iban a buscar su colonia, la que le ofrecía aquel programa de inmigración de la presidencia de Julio Argentino Roca, tierra y trabajo. Colonia Caroya, era su lugar asignado, amor, trabajo, y esperanza los describen de una manera hermosa. Los quise tanto!!! Solo estuve con ellos algunas horas. Muchas personas bajando, la sensación fue de ausencia, palabra que me rodeaba desde que llegué a este país. Me pasó con aquel viejo napolitano, con el hotel de inmigrantes, y ahora con ellos.

Nos despedimos animosamente, fue singular, tan poco tiempo juntos y cuánto afecto y empatía se generó, realmente me dolió dejarlos, intercambiamos nombres y direcciones, yo les di la que tenía de Tucumán, donde debía llegar, me embargó la esperanza de poder volver a ver-

los algún día.

Un tímido abrazo, un hasta luego y de nuevo la soledad.

Demoró varias horas el tren en retomar la marcha. Como pude hacerme entender, le pregunté al guarda los motivos, no sé cómo pero pude saber que había que cambiar de máquina y limpiar la formación.

No fue breve, me dijeron que saldríamos cerca del mediodía, aproveché esas horas para estirar un poco las piernas y ver parte de la ciudad. Dejé mis pertenencias en una gaveta segura y salí de la Estación.

Me encontré con una ciudad bastante grande, siempre tenía la sensación de estar en lugares en constante construcción.

La impresión que continuamente me planteaba era que en América todo estaba haciéndose, faltaba el orden que da el tiempo, tan distinto a lo que yo siempre había visto. En Italia la vista entregaba edificaciones muy antiguas, calles, casas, edificios públicos con cientos de años, todo añejo y conservado, todo tan diferente a

este país

Me sorprendió y llamó mi atención ver tantos rostros parecidos a los que normalmente veía en mi tierra.

Comprendí en aquel momento, la enorme cantidad de paisanos que habían resuelto venir a estas tierras.



Estación Central Córdoba - Córdoba.

Córdoba me gustó, lo sentí al momento, fue amor a primera vista. Tuve la sensación y luego por cierto pasó, que ese lugar sería importante

en mi vida.

Solo tenía un poco más de dieciséis años. ¡Qué chico era! Ahora veo lo que en aquel momento la juventud no me permitía. Un niño. Cuanto debió dolerles mi partida... Hoy, siendo mucho mayor que mis padres en aquellos años, no estoy preparado para soportar la partida de un hijo y sin embargo, ellos pudieron. Eran jóvenes, seguramente inexpertos, muy poco instruidos, callaron, sufrieron, me dejaron volar. Los entiendo y los sufro en el recuerdo.

Caminé a la deriva, los llevaba a todos conmigo y a la vez no los tenía. Vagué un par de horas sin rumbo, solo apreciando lo nuevo, lo distinto, construcciones que contaban la prosperidad de sus dueños, gringos en su gran mayoría, aquellos que viniendo antes que yo, habían labrado la tierra y engordado la hacienda, Me sentí tan seducido cuando vi Córdoba que en muy poco tiempo me enseñó el camino a seguir.

Subí nuevamente al tren. Una vez más hice lo que toda una vida fue mi destino. La esperanza.

Al avanzar la vista cambió. Ya no eran las mismas pampas, el terreno se veía menos fértil y menos labrado, era notoria la diferencia de humedad y a medida que avanzábamos, se incrementaron las grandes parcelas desiertas. Sentí como que allí, después de Córdoba, había una América distinta, lo que había visto del país hasta ese momento cambiaba significativamente, diferente a lo que se me presentaba. Los rostros se veían distintos, las casas también, ya no eran lo europeo que me sorprendió en la zona del Río de la Plata.

Rápidamente llegó la noche, percibí que al despertar me encontraría con Tucumán. No sabía cómo sería, sólo que allí estaban esperándome.

Al despertar, el amanecer me abrazó de manera nueva. Verde, mucho verde. Montañas como las de mi norte de Italia. Gratamente sentí estar en casa.

Las laderas de los cerros, las quebradas que invitaban a su cruce, el color de la montaña que a la distancia se mezclaba con el gris del cielo,

la humedad de sus bosques bajos, la bruma que cubría el escarpado de los ascensos. Casi igual.

Por eso estaban acá... pensé. Por ello, seguramente habían elegido este lugar. En aquel momento no lo sabía. Acheral, una localidad que luego conocí, era muy similar a las laderas de mi Piamonte, extensas planicies con un casi imperceptible ascenso hacia el abrir de la montaña. Todo armónicamente creado. Una naturaleza imponente.

Llegamos a la Estación Sunchales apenas salió el sol. Nuevamente un edificio como el de Retiro, dos grandes naves unidas por fuertes columnas victorianas, notables arcadas que sostienen la estructura, cuatro andenes y casi doscientos metros de longitud. Todo mi cuerpo se inquietó y se embargó de emoción. Estaba en Tucumán. Caminé hacia la puerta del vagón, mi mano izquierda tomaba fuertemente el pasamanos, mis pies se desprendían del escalón de acceso y gozaba del viento que me rodeaba, abrazaba y daba la mejor de las bienvenidas.

En cada cara de los que esperaban a quienes

bajábamos del tren, yo buscaba encontrar a mis seres queridos, mis parientes, No los recordaba demasiado, entré en confusión, los añoraba, los buscaba, recogí mis cosas y bajé extrañamente excitado.

En la carta que recibí, me daban una dirección. Calle Muñecas a una cuadra y media del Boulevard Sarmiento, frente a la estación de bomberos. Tenía la esperanza que me estuvieran esperando, aunque eso era imposible, no sabían exactamente cuándo llegaría.

Decir un mundo de gente era poco, todos se buscaban. No sé cómo podrían encontrarse. Los gritos ensordecían. Mencionaban cada nombre esperando un... Soy yo... llegué, no fue mi caso, esperé en vano encontrarme con los míos, pero nadie apareció. El andén quedó libre, la gente se fue. Con una mezcla de sorpresa y pena, busqué llegar a la calle.

Mi viejo bolso militar sobre mi hombro derecho, aunque bastante derruido por el tiempo, (todavía lo conservo) llevaba todo lo que podía haber quedado de mi pasado. Mi mano izquier-

da protegía a la derecha que sostenía la piola y de a ratos, señalaba la dirección a seguir, su vaivén me indicaba la esperanza de avanzar y buscar el futuro.

Salí de la Estación Sunchales, al frente una plaza que denotaba su incipiente creación, tierra, árboles recién plantados, sendas recién marcadas y un gentío que no me era familiar.

La primera imagen fue especial, recuerdo que ella me enrostró América del Sur. Hasta aquel momento, tanto Buenos Aires, los campos de la zona pampeana, Santa Fe, Córdoba, tenían bastante dejo europeo, esto era distinto, se sentía la raíz mestiza, marcadas facciones autóctonas, rostros más nativos. Sentí en aquel momento, una rara sensación, me equivoqué por cierto, pero tuve algo de temor.

Con el tiempo y conociendo a esta gente, comprendí su pausada armonía y distinta pero buena forma de ser. Aprendí a respetarlos.

Intuí que no había manera de comunicarme con alguien ¿Cómo llegar?.

¿De dónde eres?, me preguntaron en perfecto

piamontés. Un hombre mayor, paisano sin ninguna duda, (era tan notoria nuestra apariencia gringa que intuyó mi procedencia). Desprolijo, propio de su trabajo, la pierna izquierda faltante lo presentaba como lo que era, un sobreviviente de la dura vida de inmigrante.

Le decían el Moto Meriglio, quien nunca más, desde aquel momento dejó de pertenecerme en los sentimientos. — De Cigliano, Señor, Vercelli, provincia de Novara —le respondí. Mi sorpresa y alegría fueron inmensas.

Me presenté, me estrechó su mano. Otra vez la vida se encargaba de protegerme. Subí al coche, le di el papel con la dirección anotada, estábamos a no muchas cuadras de donde debía ir, al poco rato ya había subido a su carro rumbo a mi destino final, despacio fuimos hacia él.

En el camino le conté un poco sobre mí, demoramos menos de media hora en llegar, hablábamos de Italia, de la situación, de los italianos que no estaban pasando un buen momento, de la cantidad que dejaban el país, como yo, en busca de un futuro venturoso. Se le notaba el

dolor del desarraigo, del que siente que no es de ninguna parte. Pensé que no haría eso yo, en silencio me juré que aquí venía y de aquí sería. Sería un hombre de algún lado, y ese lado era esta tierra Argentina a la que vine dispuesto a ofrendar todo mi esfuerzo y mi sangre.

En el recorrido, asombrado, miraba la ciudad de Tucumán, era distinta a todo lo que había visto, calles empedradas hacia el centro y de tierra en los suburbios. Nos dirigimos hacia el norte, previo a hacerme conocer la Plaza principal. En el casco histórico, céntrico, la ciudad, convergía en esa hermosa plaza, finamente terminada, donde se veían construcciones de muy cuidados diseños. Un magnifico hotel Plaza, la edificación del Jockey Club, la Catedral finamente Neo Clásica y un Palacio recién construido al mejor estilo francés de la época, donde funcionaban las oficinas públicas y el despacho de Gobierno.

El entorno, mostraba casonas de muy bonitos diseños, lindas construcciones, bastante nuevas, marcando un fiel estilo francés, estas tenían

grandes portales que daban a un importante acceso, con rejas cuidadosamente forjadas, molduras de un estilo muy acabado, que decoraban casi en su mayoría a un par de balcones grandes que iluminaban las salas de estar.



Centro de Tucumán.

A las afueras de la ciudad, las casas eran bajas, de un cierto estilo colonial, paredes blanqueadas, techos de tejas españolas, ventanas pequeñas para protegerse del sol, distintas pero agradables. Todo fue sorpresa para mí.

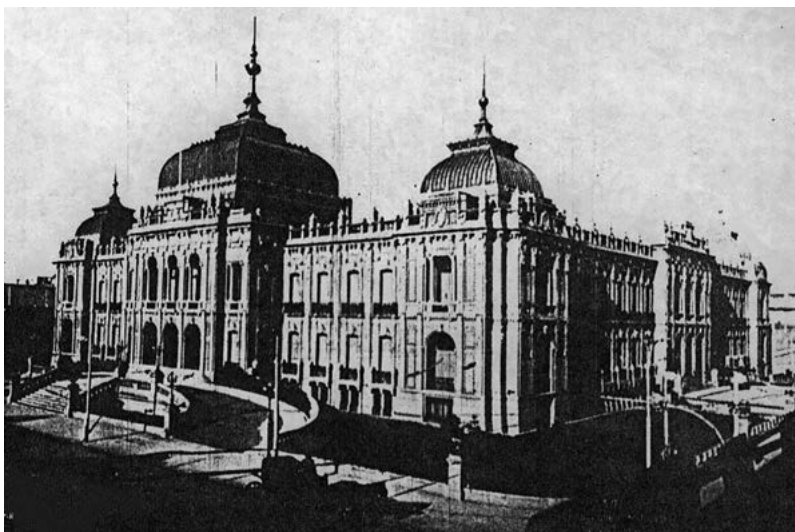
Meriglio me comentaba que la ciudad estaba creciendo, que hasta hacía poco tiempo, las calles pavimentadas sólo rodeaban la plaza central y que ahora llegaban hasta la estación Sunchales, de donde partimos.

El adoquinado brillaba, era tan perfecto como nuevo. Mi locuaz conductor, me contó que se acababa de demoler el antiguo cabildo, para dar lugar a la soberbia construcción que es la casa de gobierno.



Cabildo de Tucumán. 1900.

Aquel hombre hablaba de tantas cosas, que probablemente pensó que yo podía entender, hoy las cuento solo porque con el paso de los años mis experiencias me enseñaron a interpretarlas. En aquellos momentos, comprendía realmente poco.



Casa de Gobierno de Tucumán.

Evidentemente, aunque en aquella época no tenía la menor idea, Tucumán y el país estaban cambiando de una forma increíble. Fue ponerse de acuerdo entre las distintas facciones

políticas, algo que en Italia parecía imposible. Aquí, hubo un Alberdi, un tucumano que desde el exilio escribió las Bases para la organización política de la República, y habiéndose puesto de acuerdo, los resultados llegaron en unos pocos años. Argentina era, luego lo supe, uno de los países más florecientes del mundo.

Me encantó Tucumán, muy distinto a lo que conocía. Me sentí bien, estaba en el lugar adecuado.

VIII - Bienvenida

Llegué a casa de mis familiares. Ellos me esperaban. Los abrazos fueron increíbles, mi abuela materna, estaba allí, mis tíos, mis primos... todos me mostraban la felicidad de recibirme, era tan grande como la que tenía yo.

Comimos, hablamos hasta muy tarde, les conté cada detalle, de mi padre y su episodio, de mi madre y su dolor de aceptar que dejaba su mayor esperanza partir. Les hablé de mis sueños, de mis infinitas ganas de poder desarrollarme en este país lleno de esperanzas y proyectos, les conté que les había asegurado que los traería a todos conmigo, que no enten-

dían, y que yo sabía lo que estaba haciendo.

Aquella primera noche fue interminable, el sueño y el cansancio me vencían, sin embargo solo lo hice de a ratos, con una ansiedad que me invitaba a levantarme y comenzar el nuevo camino

Tenían una fábrica de Licores, y como anexo la Sodería, allí fui aprendiendo el oficio, sobre todo de manos de mi tío, quien me enseñó cada paso y cada técnica del proceso. Fui conociendo el manejo de toda la industrialización de licores y aguas gaseosas, manteniendo las herramientas e instrumentos en la más absoluta y cuidadosa higiene, disponiendo así, cada base y cada uno de los métodos y procesos que debía llevar a cabo.

Pasó el tiempo, el tiempo de aprendizaje y experiencia, me gustaba mucho la tarea, ponía todo mi empeño y dedicación en ella, a formarme en ese trabajo, a ser bueno en lo que hacía, a no perder el tiempo, a prepararme para lograr algún día tener lo mío. Sabía que no debía dejar nada de lado, que debía ser eficiente, eso me llevaría a un futuro seguramente venturoso.

Pronto comencé a dedicarme a la distribu-

ción y venta, así, fui conociendo a muchas de las personas que manejaban negocios gastronómicos de la ciudad y que expendían nuestros productos.



Tucumán 1900.

Con poco más de dieciséis años había llegado, todavía no dejo de sorprenderme...

Pasaron los días, los meses, los años, trabajé duro, mis jornadas iban desde antes hasta después de ponerse el sol.

No tenía tiempo para otra cosa, solo pensaba en traerlos junto a mí, había ahorrado mil doscientos pesos, según me dijo mi tío, era el esfuerzo de no tocar ni una moneda de mi trabajo, nada más dedicarme a él y a pensar en el momento de poder estar nuevamente en familia.

Ese dinero permitiría que mi Padre y dos de mis hermanos pudieran llegar y estar conmigo, lo hice, pensé, ya pueden venir, pronto estarán aquí.



Casa Histórica de la Independencia. 1816.

IX - Traerlos

Era el mes de Abril de 1908, lo pude lograr. Llegaron, al igual que yo, escapando de una Italia difícil, llena de necesidades irresueltas. Vi en ellos, una rara mezcla de alegría por verme y tristeza por los que habían quedado.

Mi padre, Juan, junto a mis hermanas, María, la menor de las mujeres y Catalina, fueron los primeros en arribar. Allá quedaron ocho, Mamá, Antonio, Carlo, Félix, Pablo, Juan, José y la mayor de mis hermanas, Margarita. Pronto vendría el resto.

Sabía que era el primer paso, con el tiempo podríamos tráelos y estaríamos todos como

pensé, juntos, en la hermosa sensación de compartir nuestro destino.



Tucumán.

El objetivo estaba mucho más cerca, teniendo a mi padre al lado, los proyectos que fuimos madurando fueron menos difíciles, mis comienzos como industrializador de licores y bebidas

me enseñaron y me dieron la posibilidad para el inicio en la industria de la bebida; luego sería sin alcohol, despertando en mí una pasión que ocuparía el resto de mi vida.

En aquel tiempo hicimos una gran tarea, habíamos alquilado un solar grande en la zona de villa Urquiza, donde emprendimos el negocio de la hacienda.

Comencé viajando a Córdoba, visité a aquella familia con la que compartí el viaje en tren desde Retiro, Buenos Aires hasta nuestro Tucumán, los Londero con quienes hicimos una gran y larga amistad, estaban radicados en un bonito lugar, Colonia Caroya, un pueblo integrado por cientos de familias Friulanas, que se dedicaban al agro y a la cría de hacienda, recuerdo aquellos domingos de carneo, se faenaban los cerdos preparando los chacinados más ricos que alguna vez pude comer, estar allí era como estar en Italia.

Viene a mi memoria la increíble arboleda de plátanos, unos preciosos ejemplares que adornaban la calle principal, por más de diez kiló-

metros, estos no solo daban una vista magnífica, sino que eran el ícono de la zona, Córdoba era hermosa entera, pero aquel lugar me maravilló tanto, que colmaba mi alma de desarraigado, me llenaba de sensaciones ya vividas y disfrutadas en mi Piamonte natal.

Los Londero fueron de gran ayuda, me contactaron con quienes vendían hacienda para engorde, me guiaron enormemente, pronto estaba yo llevando en ferrocarril los animales que luego vendíamos en Tucumán, ciertamente con una muy buena diferencia, Todo pasó muy rápido, tan rápido que hoy aún me sorprende.

Cuando ya mis hermanos todos estuvieron aquí, la felicidad que teníamos era única, las tareas se repartían, coordinamos cada una de ellas en forma conjunta y ordenada.

Eran muchos los detalles, solo recordar nuestros proyectos y realizaciones, ver cómo se fueron formando las familias que cada uno hizo y la descendencia prolifera de niños nacidos aquí en Argentina. Yo no lo había logrado aún, pero lo deseaba.

A finales del año 1913, uno antes del comienzo de las hostilidades que llevaron a la gran guerra en Europa, las noticias sobre las posibilidades de conflicto me causaban estupor y, por cierto, temor. Con angustia, pensaba que de haberme quedado en mi país, seguramente y con veinticuatro años y un poco más, hubiera sido parte de ella, mucho me dolía y preocupaba la posibilidad de sufrimiento de los que quedaron.



Colonia Caroya - Córdoba.

Una vez más agradecí haber decidido venir a América. Las noticias decían que Alemania junto al imperio Austro Húngaro e Italia, por un lado y Francia, Inglaterra y el imperio Ruso por el otro, corrían por un camino de agresión, la inminente guerra parecía no tener vueltas atrás.

X - Torino, Italia.

Habíamos crecido y avanzado bastante, logramos en no mucho tiempo una situación, si bien, austera, bastante sólida. Todos trabajamos en nuestros emprendimientos, me reconfortaba gratamente, pero estaba solo, ya algunos de mis hermanos y hermanas habían formado sus familias, veía con un poco de frustración el no tener una mujer que me acompañe, me embargaba esa soledad.

Mi padre lo notó, recuerdo que estando los dos en el patio de casa, un anochecer después de la cena, le conté mis deseos de hacer una familia, de tener mis hijos. Le dije que por consejo

de mi madre, comencé a escribirme con Margarita, una persona muy especial, realmente tierna, a quien conocía de mis días en el pueblo. Le dije que estaba ilusionado, que me atraía, me hacía sentir acompañado, entendido. Esperaba con ansiedad aquellas cartas, que leía repetidas veces, así fuimos intimando, empezamos a conocernos, sentí que ella debía ser mi compañera, la madre de mis hijos.

Juan, mi padre, conocía a su familia y se acordaba de Margarita cuando niña. Me insinuó la posibilidad de viajar, conocerla, tratarla y sobre todo, descubrir mis sentimientos y los de ella. Confiaba que todo marcharía bien, y que podíamos ser felices juntos, me ilusionó para lograr esa nueva familia que tanto deseaba.

Pasó algún tiempo y organizamos mi partida, los padres de ella sabían de mi intención, eran amigos de mi madre, me aceptaron, me apoyaron y ayudaron a que fuera.

Le escribí una última carta, le conté mis deseos e intenciones, que quería viajar a proponerle matrimonio, cuando me dio su permiso,

comencé a preparar el viaje.

En aquellos años no era fácil la travesía, las distancias eran muy grandes, los días de viaje, lerdos y dificultosos, pero ya no iba a parar, quería verla, quería estar con ella,

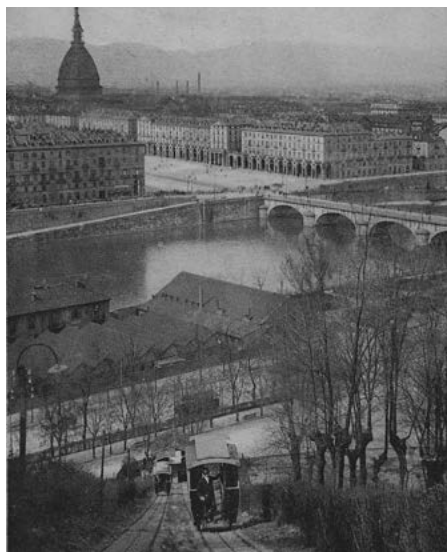
Corría el mes de junio, cuando desembarqué en Génova, todo estaba igual que cuando me fui, aunque el ambiente de conflicto que se estaba forjando, se percibía.

El tren me llevó hasta Torino, ciudad capital del Piamonte, cuando entré a la estación Porta Nuova, la emoción era increíble, jamás había visto nada igual, ni siquiera la Estación de Retiro. Infinidad de gente, y un constante tránsito de trenes, aunque mi pueblo aún estaba lejos, me sentí en casa. Tenía que buscar cómo llegar, me informaron que solo tenía un transporte y que salía curiosamente de la estación en la vía Principessa Margherita. Una vez más, aquel nombre aparecía, de una u otra manera estaba cerca de mí, solo había un viaje por día hacia Cigliano y la hora de salida era a las dieciséis; aproveché esas horas y me fui a recorrer el cen-

tro de la ciudad, no la conocía, jamás había caminado por sus calles.

Me impresionó. Era una ciudad muy bonita, hacia el noroeste se veían los Alpes, cercanos y majestuosos, Los paseos arbolados estaban cubiertos por imponentes edificios barrocos.

Desde cualquier lado de la ciudad, como gran icono se veía la antigua aguja de la Mole Antonelliana, una torre muy alta de más de cientocincuenta metros, hermosa, imponente, había sido construida durante el siglo XIX, increíblemente para mí, inaugurada el año que yo nací, 1889.



Molle Antonelliana y Río Po.

En mi larga caminata de aquel hermoso e inolvidable día, me sorprendí cuando llegué a Plaza Castello. Su dimensión era aproximadamente de cuatro veces las plazas que veía en Argentina, la bordeaba el palacio Real. Con unos jardines muy cuidados y bordeados de una cantidad de flores exquisitas y el Palacio Madama, de imponente belleza, completaba un conjunto de edificaciones increíbles.



Plaza Castello y Palacio Real.

Conectada por una bella Via Roma, cuyos pórticos me deslumbraron, llegué a Plaza San Carlos, al entrar vi dos iglesias gemelas enfrentadas, una en cada lateral. Santa Cristina y San Carlo, imponentes y tras ellas, unos portales para caminar absolutamente señoriales. En el centro, un monumento a Manuel Filiberto, duque de Saboya del siglo XVI. Yo, un pobre y joven campesino al que le costaba mucho superar tanta belleza, solo atiné a disfrutarla.



Plaza San Carlos.

Todo en mí era asombro, había visto un poco de Buenos Aires, pero esto me superó, me sentía vivir cientos de años atrás y todo exquisitamente actual.



Plaza Vittorio Emanuele.

Recuerdo con asombro el servicio de tranvías, que pasaba a ratos y te llevaba por toda la ciudad, subí a uno de ellos, me encantó, estaba maravillado, me dejó en el parque del Valentino, a orillas del río Po, mucho más caudaloso de lo que me podía imaginar.

En ese parque construyeron una réplica de

la ciudad del medioevo exacta a lo que era, con sus callecitas, sus recovas y viviendas, todo de la época, le llamaban el Borgo Medievale.



Borgo Medievale.

Era una réplica fiel del siglo XV de un poblado del Medioevo, lo construyeron en la década del 80 del siglo XIX con motivo de una exposición internacional en el Parco del Valentino, de la ciudad de Torino.

Una reproducción bastante fiel de un típico pueblo de finales de la Edad Media en el que se reconstruyen en una sola calle: casas, iglesias, plazas, fuentes y decoraciones de la época, ro-

deadas de murallas y fortificaciones y dominadas por una fortaleza.

Realmente vi una maravilla arquitectónica, no dejaba de sorprenderme y en cierto modo, enorgullecerme, la capacidad constructiva de Italia.



Borgo Medievale.

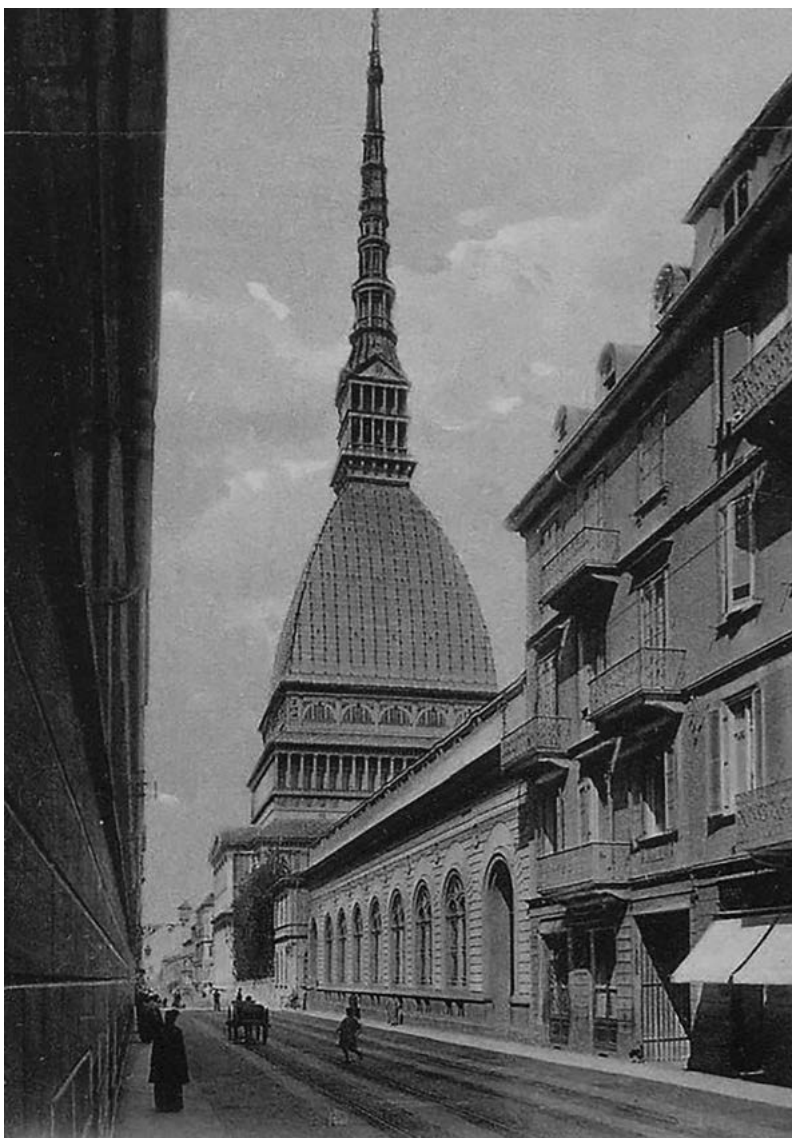
En la tarde de aquel placentero paseo por la ciudad de Torino, tomé el transporte a Cigliano en la Estación Vía Finocchietto, el vehículo era una triste calamidad, aun así, lo acepté con alegría, me senté y disfruté el viaje.

El trayecto duró aproximadamente dos o tres horas, pasé por decenas de caseríos y sus la-

deras, subimos hacia el noroeste, camino a la provincia de Novara, donde estaba mi destino, allí me esperaban gran parte de mi familia y Margarita, mi comprometida. Ya no era el niño del 1906 que emigró, había crecido. En unos pocos días cumpliría 24 años.



Plaza Castello y Palacio Real.



Molle Antonelliana

XI - Cigliano

El viaje me fue agradable, muy distinto a cuando me fui, me recordó mis tareas de *Carretti* de chico, me emocionó volver a ver el pedemonte tan caro a mis sentimientos, ahora con los ojos de un hombre libre, con una historia, que pasó muy rápido.

Fue una experiencia hermosa, volvían a mis retinas las imágenes que tantas veces vi, casas bajas de techos con tejas, con los establos para los animales abajo y la vivienda sobre ellos. Entre propiedad y propiedad no había más de mil metros, pero se veían continuamente a lo largo del camino.



Casa natal de Margarita en Cigliano.

Llegué cerca de las seis de la tarde, corría el mes de junio, era pleno verano en Europa, el sol aún estaba alto, la temperatura tan agradable como el pujante e intenso verdor del entorno; nada presagiaba lo que se estaba gestando... la tan temida guerra.

Cuando entré al pueblo, lo primero que vi, fue el Campanario de la plaza, la construcción más alta del lugar y el punto de referencia. Allí paró el Transporte.



Campanile di Cigliano.

Me estaban esperando mis familiares, mi tío Carlo, hermano de mi madre, quien me acompañó en mis travesías, otros primos todos por parte de mi madre, ya que de mi padre no quedaban parientes. Margarita estaba entre ellos.

Qué bueno fue verlos nuevamente, hacía ya

ocho años de mi partida, no podían creer lo grande que estaba, me recibieron con mucho cariño y emoción, uno a uno me fueron abrazando y expresando la alegría que sentían de verme, hasta que le tocó a Margarita, hermosa y joven, no pudimos disimular nuestro nerviosismo sabíamos a lo que venía y ansiábamos que todo fuera feliz.

La mesa estaba servida, todo aquello que quería lo tenía, aunque mi moderación y respeto me mantenían con el debido cuidado. No dejaban de ofrecerme todo lo que estaba a disposición.



Cigliano. Vercelli. 1913.

Como siempre la charla se mantuvo hasta tarde, me preguntaban todo sobre la familia y sobre Argentina, cómo vivíamos, el trabajo que hacíamos, cómo eran las costumbres, hasta hubo alguien que me preguntó cómo eran los indios (me reí). Les comenté que en Argentina, no había indios y que los autóctonos, eran personas muy humildes, tranquilas y laboriosas. En lo personal disfrutaba mucho de sus costumbres, su música, su comida, gente buena y apacible.

Nos fuimos a descansar, los próximos días serían largos.

Aquellos días fueron de dicha y alegría, visité a todos y cada uno de mis familiares, también amigos, recuerdo la emoción de verlo a Domenico Vigliano, administraba el viejo Hostal del Moro, lo había transformado en un excelente hospedaje con una planta baja donde estaba el mejor comedor que tenía el pueblo y dos plantas altas con habitaciones de muy buena calidad. Allí, en su comedor, estaba prevista la cena de festejos de nuestro matrimonio. No pudo ser.

Domenico, era muy joven, pero su madurez en el manejo del negocio me impresionó, se ganó toda mi admiración y respeto.

Pasaron muchas cosas bonitas, no parábamos de disfrutar, Margarita mi prometida me acompañaba siempre, tenía tres años menos que yo y una dulzura muy particular.



Antiguo Albergo Il Moro. Cigliano.

Ella en muy poco tiempo logró el renacer de mis antiguos momentos y costumbres, añoranzas que creí olvidadas, charlas, paseos, perfumes y sabores que había dejado de lado. Todas

aquellas circunstancias que me había dado Italia, o más precisamente el Piamonte, con las que crecí y viví en mis primeros dieciséis años de vida. Me había planteado ser de la tierra a la que elegí para vivir, con dureza y fortaleza. Sin embargo comprendí que definitivamente sería por siempre un emigrante, que aunque aprendí a amar al país que me recibió, jamás olvidaría mis raíces. Podré desear y juramentarme evitarlo, pero el desarraigo me acompañará por siempre. Jamás volvería a intentar negarlo.



Campanario y Plaza Cigliano.

Me sentía realmente feliz de haber venido. La quise inmediatamente, fue solo verla y desbordar de alegría, esa elección mutua, la agradecería de por vida.

Hubiese querido que aquella visita no fuera tan corta, mucho quedó por disfrutar, la ceremonia del matrimonio fue un viernes por la mañana en las oficinas de la Comuna, en frente al Campanario de la plaza, Me parecía que estaba casi todo el pueblo, mi satisfacción era plena, cuando sucedió lo inesperado.

Un funcionario, amigo de la familia, pasada la ceremonia del matrimonio civil, me llamó aparte y me puso en conocimiento que yo figuraba en la lista de personas que habían desertado del servicio militar obligatorio, no sabía qué hacer, quede atónito, abrumado, me sugirió que hiciera el trámite ante la autoridad judicial pidiendo que me sobresean de la acusación, trámite que sería engorroso y demoraría bastante. Otra posibilidad, dada que estaba cumplimentada el acta de matrimonio, era escapar, debíamos partir inmediatamente a Argentina.

Quería explicar que me fui hacia América, a fines de 1905, que no había tenido en cuenta que pronto debía enrolarme en el servicio militar. Nada servía.

Realmente no lo pensé en su momento, esto provocó que me transformara en un desertor, podía sufrir la pena de cárcel por eso.

No hubo tiempo para festejos, debíamos salir cuanto antes, reunidos buscando una solución, todos estuvimos de acuerdo que debíamos marcharnos, un primo hermano de mi comprometida de nombre Filippo Marchissio, que realizaba viajes en un pequeño camión, se ofreció a llevarnos, nos dijo que tenía el vehículo cargado de mercadería que debía llevar en la mañana a Santhia un lugar a una hora de viaje, donde podíamos tomar el tren a Torino.

Lo aceptamos, no había tiempo para dudas, aquella noche, nadie durmió; preparamos nuestras cosas y al amanecer salimos, ni siquiera pudimos despedirnos, solo de los más íntimos que nos acompañaron hasta la partida.

El temor a que me buscaran era grande y

desesperante, no sabía si lo harían o si todo pasaría desapercibido.

Aquel viaje al encuentro del tren fue una de las experiencias más traumática de mi vida. Mi pobre Margarita, muy joven aún estaba demasiado asustada, la protegí, la mantuve entre mis brazos, le dije que podía estar tranquila, lo lograríamos.

Llegamos muy temprano en la mañana, el viaje de más de una hora, fue tortuoso por el miedo a que nos pararan en el camino y pudieran detenerme. No fue así, por suerte llegamos a tomar el tren a Torino.



Principessa Mafalda.

Todo pasó muy rápido, ya en Torino, abordamos el tren a Génova, quedamos solos. El peligro no había pasado, tendríamos que llegar a América para eso, aún así, nos sentimos un poco más aliviados.

En mi abrigo, estaba la documentación del matrimonio, tomé a Margarita en mis manos y le juré que cuando llegáramos a Argentina le daría la más bonita ceremonia religiosa que pudiera imaginar, donde consumiríamos nuestro matrimonio.

Por suerte llegamos a Génova al día siguiente, los pasajes que teníamos para el vapor eran para una semana después, debería ver como adelantar la partida.

Nunca fui un hombre religioso, pero aquel día me encomendé profundamente a Él, un Dios que no conozco, pero no puede dejar de existir, un Dios al que sin saber cómo es ni quién es, le rogué, convencido de que nadie más que Él, nos podía ayudar.

Y así fue, pudimos lograrlo. Fue inmensa la alegría que sentimos cuando subimos al vapor,

el Principessa Mafalda, un barco de mayores dimensiones que el que me había llevado originalmente.

La tranquilidad al subir nos cobijó. En menos de tres semanas estuvimos en casa.

XII - Sueños y realidades

Llegar a casa fue realmente placentero y tranquilizante, estaba cerca de tocar el cielo con las manos, tenía a Margarita y mis sueños, tenía a mis padres y hermanos, tenía la paz de saber que habíamos logrado lo que nos propusimos, y sobre tener la posibilidad de trabajar duro para un futuro venturoso.

La felicidad de los míos me regocijaba el corazón, era todo lo contrario al miedo que sentí cuando literalmente escapé de Italia. No era Italia la que me asustó, eran mis circunstancias, mi temor a perderlo todo por algo que jamás pensé pudiera pasarme.

Escribo por el solo amor de escribir, por la necesidad de dejar en los que me continúen, una historia de vida como tantas, pero sobre todo, por creer que mi posibilidad es vivir en el recuerdo y energía que manifiesto, en estar por siempre en mis descendientes, en mis hijos, en mis nietos, en cada uno de ellos que me darán la posibilidad de seguir.

Argentina venía de un período de alto crecimiento, de ser un país sin organización política, económica y social, en pocos años se transformó en el polo económico de América del sur, esto desde fines del siglo XIX en adelante. Con la aplicación de programas de desarrollo, tanto de ordenamiento interno como de una política de inmigración, la que sin dudas la benefició ampliamente.

Aquello fue increíblemente exitoso, millones de italianos, españoles y otras nacionalidades, entramos durante ese proceso, fue una época maravillosa, solo comparable a lo que pasaba también en Estados Unidos, la gran potencia naciente del siglo XX.

Mucho tuvo que ver en esto la llamada generación del 80, liderada por un ilustre Tucumano, Julio Argentino Roca, quien gobernó el país desde 1880 hasta 1886 y posteriormente en un segundo mandato desde 1898 hasta 1904, introduciendo al país en un periodo de gran desarrollo. Fue el mayor referente de esos años.

El poder estaba concentrado en un grupo de fuerte tinte oligárquico, una clase alta terrateniente, que orientó muchos de sus objetivos al crecimiento del país con una fuerte expansión agrícola ganadera. También fijó políticas educativas sólidas y de fomento en la rama de artesanos, metalúrgicos, carpinteros, agrónomos, etc.

Sin dudas que aquellas políticas fueron un éxito, cerca de treinta años de incremento continuo, como pocos países del mundo lograban.

Toda esta realidad, generaba grandes oportunidades. A principio del catorce Margarita y yo nos fuimos a Córdoba, arrendamos una hacienda importante con toda la ilusión encima, estaba ubicada en la zona de los Bulevares, al sur de la ciudad de Córdoba, una tierra fértil y

sobre todo llena de esperanzas.

Hacíamos ganadería, explotación láctea y siembra de trigo en invierno y maíz en verano, dos cosechas al año, algo impensado para cualquier paisano. La oportunidad económica no me la imaginé jamás y la tuve.

Allí nacieron mis dos primeros hijos, ambos varones, Quino a fines del año 1914 y Juan en 1916, conocimos gente buena y trabajadora, italianos en su mayoría, con quienes hicimos amistad y compartíamos reuniones y entretenidas veladas de fin de semana. Éramos emprendedores exitosos, nos acompañábamos y estábamos contentos con nuestra realidad, lo disfrutábamos compartiendo el día a día.

La felicidad, una vez más, dejó su paso a la preocupación, a fines del mes de Julio de ese año 1914, fue asesinado, a manos de un terrorista serbio, el archiduque Francisco Fernando de Austria. El hecho conmocionó al mundo y el imperio Austro Húngaro en unas semanas atacó Serbia, reaccionando a ese ataque el imperio Ruso, mientras que Alemania atacó Bélgica

para entrar en Francia. Italia en principio se unió a Alemania, Inglaterra a Francia, en un par de meses toda Europa estaba en guerra.

Las noticias que recibíamos eran sumamente preocupantes, pensar que Europa se teñiría de sangre asustaba, sin embargo, aunque la realidad era muy triste, Argentina se convirtió en el proveedor de alimentos a todas las partes y la debilidades de unos fue la fortaleza de otros.

Los años transcurrieron rápido, como toda mi vida. Aquel desastre finalmente terminó, un once del once - qué fecha particular pensé - terminó el conflicto más grande de la historia hasta ese momento.

Ciertamente, aquí no había conflicto, pero fue muy triste el saber que en Europa se perdieron más de diez millones de vidas en un poco más de cuatro años.

Volvimos a Tucumán en el 1920, año que nació nuestra dulce Catalina, una bebé preciosa, delgada y con unas largas manitos y dedos increíbles. Manos de pianista dijimos... lo fue.

Seis años de trabajo intenso y sin pausa ha-

bían permitido ahorrar bastante dinero.

Compré una propiedad con una planta envasadora de Soda, precariamente instalada a una cuadra del Bulevar Mitre y a metros de donde estaban construyendo la inmensa obra de Don Bosco, dos manzanas con tres patios llenos de aulas, talleres, lugares deportivos y una iglesia imponente.

Toda aquella obra, era producto de la donación de un filántropo Tucumano, don Manuel García Fernández. Un millón de pesos oro entregó para la obra, no había nada igual en el interior del país, incluso creo, en Buenos Aires.

Aquel hombre, donó esa suma para que se construyera una gran institución educativa, algo no visto en la ciudad. pidiendo que se le pusieran por nombre Tulio García Fernández, en honor a su hijo muerto joven en París a principios de la década de 1920.

Estaba muy contento con mi nuevo emprendimiento, tenía mucha experiencia en el tema, empecé con los licores, luego aguas gaseosas. No iba a fallar.

Era un continuo empezar, el país no se sentía tan pujante y creciente como en años anteriores, el descontento de los obreros se notaba cada vez más, mucha razón tenían, el progreso no era para todos, tristemente esos hombres se sentían marginados.

Así fueron los años veinte, terminaron ruinosamente para gran parte de la comunidad occidental, una tremenda crisis económica y financiera estremeció al mundo en 1929, dejando millones de personas en la calle y cientos de miles de empresas grandes y pequeñas, cerradas.

Años tumultuosos los de aquella década, hasta para el Principessa Mafalda, tristemente allá por octubre de 1927, frente a la costa de Bahía, Brasil, naufragó. Era un hermoso paquebote a vapor orgullo de la flota Italiana. Él nos trajo de Italia, como a tantos otros paisanos, cuando vinimos escapando de una Italia que mal me juzgaba.

Tantos cientos de miles de inmigrantes trajo a estas tierras y cayó, sí, cayó abatido por viejo, por gastado, por mal mantenimiento dijeron las

crónicas. Murieron casi quinientas personas entre pasajeros y tripulantes.

Cayó un vapor que sin dudas a Argentina le entregó todo, el más fiel e imponente transporte de italianos hacia estos destinos.

Cinco hijos tuvimos, perdimos uno, José, no pudo llegar a los dos años, una fuerte neumonía no le permitió vivir ni estar hoy aquí con nosotros. Mi tierno y pequeño José, el dolor de su pérdida siempre, siempre estará en mi corazón.

Mucho tiempo, mucho, lo agradezco, les agradezco. La vida es una oportunidad, la tomé y la tomaría mil veces si pudiera. No fue fácil, pero nada de ella cambiaría.

Alterné buenos y malos años, trabajé incansablemente por mí y por los demás, comencé como un simple ayudante en una licorería, lo que me marcó en mi vida de industrial. Ahorré para traer a mi familia, emprendí proyectos que me llenaron de satisfacción, creé una planta industrializadora de aguas gaseosas que llegó a tener seis sucursales en el país, mis descendientes lograron continuar mis objetivos y eso

me enaltece y reconforta gratamente.

Gratitud, palabra maravillosa, es lo que tendré en mi corazón de por vida, para mi querida esposa Margarita, (cuando llegó al país se anotó como Rosa, amaba ese nombre) Doña Rosa, que me acompañó hasta su caída. Caída que parece nos reserva el corazón a cada uno de los que integramos esta familia.

El dolor por perder a mi querida compañera fue mucho, causó en mi un vacío imposible de llenar, jamás la olvidaré, ella hizo todo, ayudándome en cada paso, en forma indeclinable y amorosa. Rosa Margarita fue un inmenso regalo que me dio la vida, sin ella, estoy convencido, que nada se hubiera logrado como se logró.

XIII - Epílogo

Crecí, maduré como pude, mis anhelos se cumplieron, logré traer a mis padres, a todos mis hermanos, formé una hermosa familia y sobre todo, me permití persistir hasta que pude, a mi naturaleza. Vivir tantos años con mi corazón no tan sano.

La realización en la vida es la consecuencia de los senderos que elegimos. Es decidir a cada paso, me animo a decir que es un ejercicio que la mayor parte de las veces, contiene una alta dosis de inconsciencia e improvisación. Somos y seremos el resultado de lo que decidamos en cada momento y en ese casual y constante ele-

gir, vamos forjando nuestro destino, un cúmulo de pequeñas decisiones. Es un gran y único juego, pero real y lo jugamos cada uno de los individuos que habitamos este mundo, lo sufrimos cada uno de nosotros en el momento de tener que mirar atrás y evaluar nuestras decisiones; sin embargo todo ello, es lo que tenemos, es de lo que disponemos y pudimos lograr, y por cierto, es nuestra obligación el mantenerlo dentro para luchar por nuestro único y difícil destino, tratar de ser Feliz.

Los años transcurrieron. Viví casi todo lo que un hombre puede añorar vivir. Al menos así lo creí yo, llegué joven, puro, fértil, llegué tarde a mi parto, muy tarde, pero llegué y ese llegar me permitió dejar la simiente de los que me mantendrán vivo, aunque solo en sus recuerdos. Vivo.

Traté de hacer de mi vida lo más que pude, tal vez no alcanzó, pero aún así me perdono, porque siempre lo intenté, trabajé duro, formé una familia como quería, Margarita mi esposa piamontesa, Quino mi primogénito que apren-

dió el español en la escuela y fue el gran compositor del desarrollo de mis planes , el austero Quino, el humilde y amoroso hijo que con una sencillez poco vista vivió para culminar mi camino, Juan mi segundo hijo, trabajador incansable de aquellas máquinas que produjeron millones de litros de agua gasificada y después gaseosas azucaradas, mi nena Catalina, amorosa y tierna hija mía, un pedazo de cielo para mí, y Américo el más chico y el más querido, el niño mimado.

Sé que para nada fui el mejor. Sé fehacientemente que estoy lleno de debilidades. Sé con real certeza que pude haber sido mucho más feliz, mas es lo que soy y de nada me quejo. Me siento en paz.

XIV - Quino

Todo lo que debió pasar pasó, aquel 10 de noviembre de 1975 fue tan triste como las horas siguientes.

La angustia y tristeza en Quino aquel día, no tenían razón de ser, o al menos no parecían tener.

Atardecía en la ciudad, el trabajo de cada día no dejaba tiempo para tristezas y desazones, pero ellas estaban; sintió la necesidad de salir, de hacer algo sin saber qué, buscar lo que no tiene explicación, solucionar el dolor que aún no entendía por qué llegó...

10/11/75 17,00 hs.

Manejó sin saber a dónde, sin destino, la tristeza lo abordaba y no sabía exactamente por qué, dejó sus tareas y siguió. Después de conducir algún rato, paró y caminó, se vio frente a un negocio de venta de alhajas y joyería, en su vidriera una pequeña y particular cruz y su cadena de plata, plana y triste como el metal mismo; entró y la pidió, la tomó entre sus manos y sintiéndola parte de él, la compró, simple, rápido, pidió que le grabaran su nombre, Quino. Aquel día no sabía el por qué, solo sentimientos inexplicables lo llevaron a hacerlo.

La persona que lo atendió, un hombre mayor con un dejo muy particular, una amabilidad muy grata, alguien a quien nunca había visto pero le provocó una impresión agradable, distinta, le dijo que volviera a retirarlo al día siguiente, a las dieciséis horas, que se lo tendría grabado. Al volver, con esa rara sensación de toda aquella jornada, siguió con su rutina. Llegó la noche, había hecho lo que debía hacer, cuestiones propias de su trabajo, serían alrededor de las 20 hs, cuando sentado, ya en casa,

notó un sonido que llamó mucho su atención. Un sonido propio de pasos lentos, deslizados, alguien arrastrando sus pies.

Esos pasos denotaban el dolor de una partida, la ventana no mostró a nadie, solo ese particular sonido sobre las baldosas.

Quino se sintió conmovido, desconcertado. Se preguntó qué sería todo aquello, cuál era el motivo que lo abrumaba. Tan raro como particular. No tuvo respuestas, o sí, pero luego.

Aquel diez de noviembre, se durmió muy temprano y como normalmente lo hacía, se levantó apenas amaneció.

Después de sus actividades, ya cerca del mediodía se cruzó con su padre Pedro, muchos o tal vez no tantos años tenía, grande ya, como lo era su historia, y su importante y conmovedor destino. Un saludo, algunas palabras nada fuera de lo común y continuó.

Cerca de las dieciséis horas retiró el crucifijo. Como había convenido, se lo entregaron con el nombre “Quino” grabado, luego buscó a su padre, él, aquel día le había pedido ir a la fábrica,

no lo hacía a menudo, ya mayor no podía hacerlo seguido. Partieron.

En el camino, Pedro le habló a su hijo Quino, le contó de la travesía que hizo allá a fines del 1905, le explicó en detalles cada uno de los pasos que lo trajo y sobre todo la esperanza con la que venía, sorprendentemente, porque no era hombre demasiado expresivo. Recordó a Estrellita, aquella niña que le enseñó a amar y a quien él dejó por su sueño en América. También le habló de cuando radicado en Córdoba, donde él, Quino, su primogénito, había nacido, debió abandonar todo, una sequía insuperable no le dejó posibilidades de continuar. Le contó sobre las largas travesías llevando ganado a Tucumán. De cuando recién llegado, trabajó aprendiendo el oficio de licorero en el emprendimiento de los familiares.

También recordó sus primeros tiempos en la industria de las aguas gaseosas, en las primeras bebidas edulcoradas gusto a manzana y finalmente a pomelo, su gran éxito. De su esposa y madre, Rosa Margarita, quien lo siguió y

apoyó siempre, en sus actividades, actividades aquellas con las que buscaba crecer económicamente y consolidarse por el bien y el futuro de toda su familia.

No fue muy largo el tiempo del viaje, pero si lo suficiente, como para dejar en Quino un amoroso racconto de los duros pero venturosos días de la vida de su padre.

Aquella tarde, Pedro estuvo particularmente distinto, no era usual que hablaran de la manera que lo hicieron, fue para Quino un momento, como hijo, muy especial, lleno de amor y admiración por su padre, sintió una conexión superior a cualquier otra que pudieron haber tenido.

Llegaron, había sido un episodio realmente hermoso, placentero y con una gran conexión entre ellos, bajaron, Quino sintió unas profundas ganas de abrazarlo, de decirle cuánto lo quería y respetaba, tuvo ganas de un gracias, lamentablemente no lo hizo, tantos años de dureza y silencio le jugaron una mala pasada.

Acompañándolo hasta su oficina, allí donde pasó muchas horas de trabajo y logros, lo dejó,

se despidió y siguió con lo suyo, administrar esa empresa de más de cincuenta años y ver las cuestiones propias de la misma.

A las 19:35 horas estando Quino en su despacho, vio cómo su querido padre Pedro, entreabrió la puerta, mirándolo de una manera muy particular, esas formas inusuales que no tenemos comúnmente, como quien dice, Adiós, Gracias, Te Quiero. Nada dijo, solo una pequeña sonrisa y se fue. Quino sintió emoción por ese dialogo sin palabras, sorpresa y alegre satisfacción.

A pocos pasos su padre cayó.

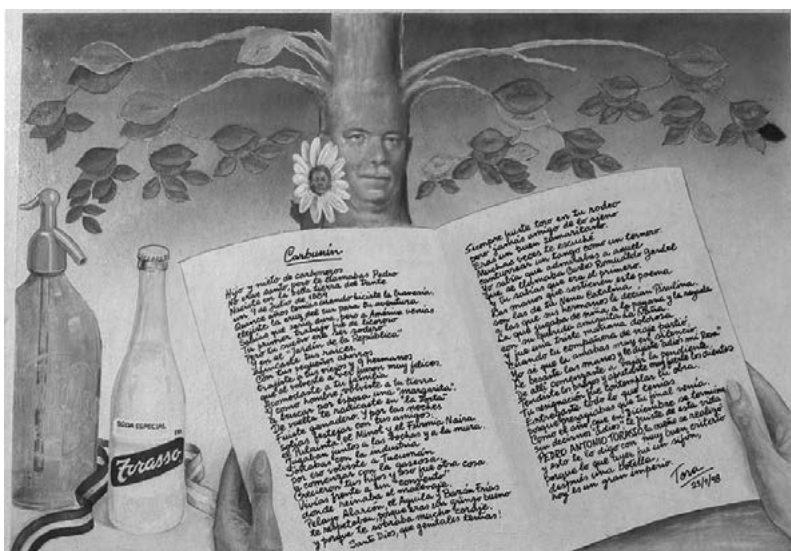
Quino escuchó un grito estremecedor, alguien pedía ayuda, corrió y al llegar, lo vio caído, un cuerpo vencido, penosamente acabado, lo abrazó con su alma, el dolor de no haberlo hecho un rato antes le calaba profundamente, le rogó que no se fuera, que todavía podía seguir, que aún grande como era, él lo necesitaba.

El crucifijo que había comprado el día anterior de aquella extraña jornada de noviembre sin saber por qué, se lo puso en el cuello a su

padre Pedro.

Terminaba, para él, una larga vida, signada de esperanzas, de logros y fracasos, de alegrías y tristezas.

Su último día, causó mucho pesar entre los suyos y entre los que lo conocieron, fue grande en la bondad y el respeto, se había ido un hombre particular, distinto, un hombre que tuvo un sueño y lo pudo cumplir. Buscar y lograr una vida más feliz.



Carbunín

Hijo y nieto de carboneros
 No eras santo, pero te llamabas Pedro
 Naciste en la bella tierra del Dante
 un 9 de Julio de 1889
 Quince años tenías cuando hiciste la travesía,
 elegiste la Cruz del Sur para tu aventura
 Sabías que sería dura, pero a América venías
 Tu primer trabajo fue de licorero
 Pero tu sueño era ser sodero
 Y en el “Jardín de la República”
 afincaste tus raíces.
 Con tus pequeños ahorros
 trajiste a tus viejos y 9 hermanos

que al volverte a ver fueron muy felices.
Acomodaste tu familia
Y como hombre, volviste a tu tierra
a buscar por esposa una “margarita”.
De vuelta te radicaste en “la Dorta”
Fuiste ganadero. Y por las noches
solías festejar con tus amigos:
el Pulainta, el Minot y el Furnia Naira
Jugaban juntos a las bochas y a la mura.
Soñabas con la industria
por eso volviste a Tucumán
a comenzar con la gaseosa.
Crecieron tus hijos y eso fue otra cosa.
Vivías frente a un “convento”
donde reinaba el malevaje.
Pelayo Alarcón, el Aguila y Bazán Frías
te respetaban, porque eras un gringo bueno
y porque te sobraba mucho coraje.
Santo Dios, que genitales tenías!
Siempre fuiste toro en tu rodeo
pero jamás amigo de lo ajeno
Eras un buen samaritano.
Muchas veces te escuché
canturrear un tango como un ternero.
Yo sabía que admirabas a aquel
que se llamaba Carlos Romualdo Gardel
y tu sabías que era el primero.
Las manos que sostienen este poema
son las de tu Nena Catalina

a las que sus hermanos le decían Pirulina.
La que jugaba de niña a la payana y la rayuela
con su querida amiguita La Ñaña
y fue una triste mañana dolorosa
cuando tu compañera de viaje partió.
Yo sé que la amabas muy en silencio.
Le besaste las manos y le dijiste “adiós mi Rosa”
De allí comenzaste a bajar la pendiente.
Tendiste los brazos y apretaste muy fuerte los dientes
Tu resignación fue contemplar tu obra.
Entregaste todo lo que tenías
porque presagiabas que tu final venía.
Como el año, que en Diciembre se termina
sin decirnos “adiós”, te fuiste de esta vida
PEDRO ANTONIO TORASSO tu sueño se realizó
y esto te lo digo con muy buen criterio
porque lo que ayer fue un sifón.
después una botella,
hoy es un gran imperio.

Tora
25/1/98

(José AméricoTorasso)



UNA VIDA, MIL VIDAS.

El autor de este libro espeja el hoy desde una poderosa invitación a repensar realidades desde el ayer centrada en su antepasado Pedro Antonio Torasso, a partir de la certeza de que todos somos compañeros de viaje en la nave llamada Tierra. Y a la vez, evidenciando que no se puede enunciar la vida a través de estados, sino a través de marchas. A través de reparación y construcción de sí mismo con la cabal conciencia de que nacemos con una historia que nos abre a la cultura y que ambas van poniendo su naturaleza y su mundo en nuestras manos a fin de encontrarnos y poseernos. A fin de dar testimonios desde libres diálogos y acciones, tal como ocurre en esta obra fruto de múltiples lecturas centradas en invitaciones a fin de repensar realidades y en la que la presencia de la inmigración, los sueños, las realidades y la superación merced el trabajo iluminan. En síntesis, puedo decir desde una profunda reflexión, que estamos ante un libro en el que se asume que sin lecturas previas, sin reparación y construcción de sí mismo no es posible establecer ese diálogo fundamental entre el escritor con su texto.

Honorio Zelaya de Nader



UNSTA
UNIVERSIDAD DEL NORTE
SANTO TOMÁS DE AQUINO



EsMeCu
editorial